

Selección

TERROR

LA TUMBA ES MI CASA

CLARK CARRADOS

«En la tarde gris y desapacible, el sacerdote dijo las últimas oraciones y arrojó un poco de agua bendita sobre la tumba. Los sepultureros permanecían con la cabeza gacha, descubierta, a ambos lados de la tumba. Una mujer sollozaba quedamente. Un hombre se mordía los labios.

El sacerdote expresó su sincero pesar a los familiares. Un sepulturero levantó la tapa del ataúd. El hombre se volvió de espaldas para no contemplar el rostro de la muerta. La mujer se arrodilló para dar el último beso a la que dentro de unos minutos reposaría para siempre en el seno de la tierra.

El ataúd fue cerrado con llave, de la cual se hizo cargo la mujer. Luego, los sepultureros se ocuparon de la labor de bajarlo a la fosa, por medio de una pequeña cabria montada provisionalmente. Era un artefacto que se usaba en algunas ocasiones y se montaba y desmontaba con facilidad».



Clark Carrados

La tumba es mi casa

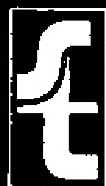
Bolsilibros: Selección Terror - 134

ePub r1.0
xico_weno 01.09.16

Título original: *La tumba es mi casa*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

En la tarde gris y desapacible, el sacerdote dijo las últimas oraciones y arrojó un poco de agua bendita sobre la tumba. Los sepultureros permanecían con la cabeza gacha, descubierta, a ambos lados de la tumba. Una mujer sollozaba quedamente. Un hombre se mordía los labios.

El sacerdote expresó su sincero pesar a los familiares. Un sepulturero levantó la tapa del ataúd. El hombre se volvió de espaldas para no contemplar el rostro de la muerta. La mujer se arrodilló para dar el último beso a la que dentro de unos minutos reposaría para siempre en el seno de la tierra.

El ataúd fue cerrado con llave, de la cual se hizo cargo la mujer. Luego, los sepultureros se ocuparon de la labor de bajarlo a la fosa, por medio de una pequeña cabria montada provisionalmente. Era un artefacto que se usaba en algunas ocasiones y se montaba y desmontaba con facilidad.

Los Cipreses abundaban en el cementerio. El viento silbaba a veces con sonidos lúgubres. Después de que el ataúd estuvo en el fondo de la sepultura, el hombre dijo que la lápida estaba ya encargada, aunque no sabía cuándo llegaría. Estaría presente cuando eso sucediese, añadió.

La noche se acercaba con rapidez. Ocultos tras un panteón, había dos sujetos contemplando a los sepultureros que arrojaban tierra a la fosa. Uno de ellos era muy alto, delgado, de barbita en punta, entrecana, y ojos que parecían arder como brasas. El otro era algo más bajo, rechoncho, de cara casi esférica, con ojos rodeados por unos enormes párpados bolsudos.

Era ya de noche cuando se marcharon los sepultureros. El sacerdote y los familiares de la difunta se habían ido ya hacía rato. Entonces, los dos hombres abandonaron su escondite. Cada uno de

ellos iba provisto de sendas palas.

—Aprisa, Nichal, aprisa —dijo el más alto.

—Sí, profesor.

Los dos hombres, alumbrados únicamente por una pequeña linterna portátil, situada en el suelo, empezaron a cavar con singular frenesí. La tierra apenas estaba apisonada. Ambos sabían que, al día siguiente, los sepultureros empezarían a trabajar a fin de dejar la tumba preparada para cuando llegase la lápida encomendada.

Menos de media hora más tarde, el ataúd quedó en parte al descubierto. Entonces, el hombre alto saltó al fondo de la sepultura y, con una pequeña barrena que sacó de un bolsillo, practicó dos orificios en la tapa del féretro. Luego, arrodillado, moviéndose con singular rapidez, limpió de tierra el ataúd.

—El destornillador, Nichal —pidió.

—Sí, profesor.

Tras algunos forcejeos, la tapa del ataúd saltó. Nichal alumbró con la lámpara el interior. La muerta no lo parecía. Daba la sensación de dormir apaciblemente. En sus labios, apenas descoloridos, lucía una ligerísima sonrisa.

El hombre alto sacó el cadáver fuera Nichal le ayudó, cogiendo a la muerta por los sobacos, dejándola a continuación sobre la manta que habían traído consigo. Luego ayudó al profesor a dejar la sepultura tal como la habían encontrado.

Media hora más tarde, el profesor Van Hartzen y Nichal estaban en el interior de una vasta estancia, en uno de cuyos lados se veía una enorme chimenea, con algunos leños ardiendo. Del techo pendía una lámpara circular, que derramaba abundante luz sobre la amplia mesa situada debajo.

Las ventanas de la estancia se hallaban cubiertas por espesas cortinas negras. Nichal se había cuidado de que la puerta estuviera cerrada, no sólo con doble vuelta de llave, sino también atrancada, mediante una gruesa barra transversal, apoyada en sendos soportes situados a ambos lados de la entrada.

Sobre la mesa, ligeramente almohadillada, yacía el cuerpo de la joven. Van Hartzen lo contempló como en éxtasis. Los rubios cabellos se esparcían a ambos lados de su cabeza e incluso algunos mechones caían fuera de la mesa. Era una perfecta estatua de

contornos marmóreos.

—¡A trabajar, Nichal! —dijo Van Hartzen.

El pecho de la difunta permanecía completamente quieto. Van Hartzen preparó una jeringuilla de inyecciones, que podía contener más de veinte centímetros cúbicos de líquido y, ayudado por Nichal, empezó a inyectar la sustancia que había en su interior en las venas de la joven. El contenido fue repartido en cuatro puntos: las dos muñecas y los tobillos.

Acto seguido, colocaron cuatro brazaletes un poco más arriba de los lugares donde habían sido colocadas las inyecciones. Cada brazalete estaba unido por dos finos conductores a una pequeña mesa de control, situada en una de las paredes de la estancia.

De repente, se oyó un formidable trueno. Un vivísimo relámpago surcó la oscuridad. Dentro de la casa, no obstante, apenas si se percibió el resplandor mitigado casi absolutamente por los espesos cortinajes negros de las ventanas.

Una vez puestos los brazaletes, Van Hartzen fue a la mesa de control y empezó a mover teclas y palancas, Las agujas de algunas esferas se movieron inmediatamente. En la pantalla del oscilómetro apareció un puntito luminoso que se movía con gran lentitud de derecha a izquierda.

—¡El corazón late, Nichal! —gritó Van Hartzen, exultante de alegría.

—¿Muy rápido, profesor?

—Oh, menos de una pulsación por minuto, pero… Nichal, busca una sábana; no quiero que Pamela despierte y se vea así, desnuda.

—Al momento, profesor.

Van Hartzen tenía la vista fija en el oscilómetro.

Poco a poco, el registro de latidos fue aumentando de ritmo. Ahora, los puntos luminosos se movían con mayor rapidez y frecuencia.

Transcurrió media hora. De pronto, se oyó un profundo suspiro.

Pamela Rittle abrió los ojos. Durante unos momentos, sus pupilas permanecieron sin captar apañas las imágenes de cuanto le rodeaba. Luego, el foco de su visión sé hizo más preciso y divisó un alto techo, con grandes vigas de color oscuro y paredes de sólida piedra.

Su pecho subió y bajó lentamente, mientras los pulmones

renovaban la provisión de aire. Luego sus labios se entreabrieron para formular una pregunta clásica:

—¿Dónde estoy?

* * *

La muchacha que se disponía a comprar unas revistas en el puesto de diarios y librería del hotel, detuvo su examen unos momentos, al ver, al otro lado del mostrador en U, la figura y el rostro de una persona que le era conocida. Inmediatamente, levantó una mano.

—¡Pamela! —llamó.

Una alta y elegante mujer cruzaba el vestíbulo y se detuvo indecisa al oír la llamada. Laura Field olvidó sus propósitos de comprar una revista y corrió hacia la recién llegada.

—Pamela, querida, qué alegría verte —exclamó—. ¿De dónde vienes? Hace tanto tiempo que no nos veíamos…

Los ojos de Pamela contemplaron un tanto opaca mente a la hermosa muchacha que estaba junto a ella.

—Tú… eres… Laura Field —articuló lentamente.

—Claro que sí, la misma, querida… Recuerda, Brutton-Cawl College y el segundo piso de internas.

—Oh, sí, ahora recuerdo…

—¿Estás de paso en Londres o te quedarás aquí algún tiempo? Si es así, me gustaría quedar una tarde para tomar el té y charlar un rato de aquella época maravillosa.

—Cuando quieras, Laura —dijo Pamela con voz inexpresiva.

—Está bien. Pero ¿te alojas aquí o no?

—Seguramente.

Laura se quedó mirando a su amiga con ojos llenos de extrañeza. Pero antes de que pudiera decir nada, Pamela se despidió de ella:

—Dispénsame, adiós.

Y reanudó su camino, hacia uno de los ascensores del hotel. Laura, enormemente perpleja, continuó mirándola hasta que la vio desaparecer tras la puerta del ascensor.

—¡Qué rara está esa chica! —murmuró—. Y con esa piel tan blanca… Si no la conociese bien, diría que acababa de salir de la tumba.

—La tumba es un lugar muy frío, aunque no sé si cómodo, Laura

—sonó de pronto una voz junto a la muchacha.

Ella se volvió rápidamente.

—Ah, hola Drummond —saludó con frialdad.

—¿Haciéndome la competencia? —sonrió el hombre, alto, joven, de pelo claro y sonrisa fácil.

—¿Quién estorba a quién? —replicó Laura agudamente.

—Si me dice usted a quién vigila, yo le diré el nombre de la persona cuyos pasos debo seguir. Sin explicar motivos ni mucho menos los nombres de los clientes, por supuesto.

Laura entornó los ojos.

—¿Quién más, señor Drummond?

El joven se echó a reír.

—¿Por qué no me llamas Neil, como en los viejos tiempos? —sugirió—. El hecho de que seamos competidores y aún rivales, no debe interferir en los tratamientos, digo yo.

—Me fastidia dar confianza a tipos pedantes, que se creen el ombligo del mundo —contestó ella ácidamente—. Y cuanto menos le vea, mejor para los dos, ¿me ha entendido?

—Usted es la que no me ha entendido a mí, Laura. La tendencia actual es de economizar en lo que se pueda. Por lo que veo, las dos personas a las que debemos vigilar se alojan en este hotel. Si usted me dice, y lo mismo haré yo, el nombre del tipo a quien debe seguir los pasos, habrá momentos en que yo pueda desempeñar ese trabajo, ahorrándoselo a usted, sin abandonar el mío. Y viceversa. No hace falta que me diga, ni que yo le diga, el nombre del cliente ni los motivos de la vigilancia. Basta que usted me diga, como yo le diré… La persona a quien debía vigilar ha hecho tal y cual cosa. Eso es todo, ¿comprende?

El gesto huraño de Laura se dulcificó un tanto. Era una joven de veintitantos años, esbelta, de pelo castaño oscuro, peinado de una forma que le daba la apariencia de un paje medieval, y vestida con discreta elegancia.

—Creo que me está convenciendo, señor Drummond —dijo.

—Neil, por favor —sonrió él—. ¿La apartaré mucho de su vigilancia, si la invito a tomar una copa en el bar del hotel?

—Por supuesto que no —aceptó ella—. ¿Cómo se llama su cliente?

—Hotson McPallah.

—Latimer Woodley. Nos los describiremos mutuamente. Además, yo tengo una fotografía de mi «pájaro».

—Ídem de ídem —rió Drummond.

Momentos más tarde, estaban en el bar, situado en un punto desde el que dominaban un gran trecho del vestíbulo, incluidas las puertas de los ascensores. De pronto, se acercó al camarero.

—Eddie, dame una botella de champaña. Anótala para la doscientos E.

—Vaya —comentó el barman—, ese fulano se toma el champaña como yo el agua con gas para mi úlcera. Apostaría algo a que no está solo, Roy.

—Latimer Woodley es de los que jamás están solos, pudiendo disponer de una chica —respondió el camarero.

Los dos hombres charlaban sin darse cuenta de que había unos oídos que no se perdían una sola sílaba de la conversación.

—¿Qué tal es la próxima de turno, Roy? —preguntó el barman.

—Bien, guapa, no está mal…, pero con cara de difunta. Parece recién desenterrada, Eddie.

El barman se echó a reír.

—¿A cuántas fulanas has visto tú desenterradas, Roy?

El camarero se alejó. Drummond observó que Laura parecía muy preocupada.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Laura sacó una pitillera. Drummond le ofreció fuego cuando ella se hubo puesto el cigarrillo en los labios.

—He visto antes a una antigua conocida —dijo ella, después de la primera bocanada de humo—. Es curioso, tenía el aspecto que ha descrito el camarero.

—Recién desenterrada, vamos.

—Pues… sí, estaba terriblemente pálida, y yo la recuerdo siempre como una muchacha muy saludable, Claro que quizá haya sufrido una enfermedad reciente.

Laura agitó la cabeza.

—Pero será mejor que no nos preocupemos más de Pamela Rittle —añadió, sonriente—. Neil, ¿qué clase de pajarraco es el que tiene que vigilar?

Drummond arrugó la nariz.

—¡Hum, presunto infiel y perseguidor impenitente de todo lo

que lleve faldas siempre que no sea su mujer o un gaitero escocés! —contestó.

CAPÍTULO II

Latimer Woodley se puso una bata y caminó hacia la mesa donde estaba el cubo que contenía la botella de champaña. Un poco más allá. Pamela se retocaba el pelo frente al espejo.

Woodley llenó dos copas y se acercó a la joven. Pamela, en silencio, meneó la cabeza.

—Como quieras —dijo Woodley, encogiéndose de hombros.

Y bebió las dos copas, una tras otra. Eructó groseramente y luego se acercó a otra mesa, en la que había una gruesa cartera. Después de abrirla, sacó unos billetes y se acercó a Pamela.

—Te lo mereces —dijo.

Pamela guardó el dinero en su bolso. Luego se volvió hacia el hombre.

—¿Algo más? —preguntó.

—Eso es todo, guapa. Te llamaré otro día. Por cierto, ¿dónde vives?

—No tengo casa.

—Vamos, vamos, no irás a decirme que vives bajo un puente…

—La tumba es mi casa.

Woodley soltó una gran carcajada. Pero, de pronto, se puso serio.

—Hay bromas que no me gustan, guapa —rezongó.

Pero ella ya no le hacía caso. Había abandonado la estancia y cruzaba la sala de la *suite* que Woodley había tomado en el hotel. Woodley la miró un instante y pensó que el paso de la joven se parecía mucho al de un muñeco.

—Es muy hermosa, pero…, ¡diablos, parecía un pez muerto! —Gruñó, haciéndose propósito en su interior de no volver a llamar más a aquella chiflada que aseguraba que la tumba era su casa.

Al cabo de unos instantes, fue al baño. Cuando salió, empezó a

vestirse. Una vez listo, tomó el grueso portafolios que tenía sobre una mesa, pero, antes de salir, lo abrió para revisar su contenido antes de acudir a la reunión de negocios que iba a celebrar de forma muy privada.

De repente, un horrible juramento escapó de sus labios.

Faltaban dos o tres documentos, todos ellos de enorme importancia. Woodley se dio cuenta de que habían sido robados y supuso en seguida quién era la autora de la sustracción.

—¡Esa maldita zorra…!

Lleno de cólera, abandonó la habitación, pero sabía que ya no podría alcanzar a Pamela, la cual, por otra parte, no le había indicado su dirección Hacía ya casi una hora que Pamela se había marchado, tiempo más que suficiente para desaparecer sin dejar rastro.

* * *

Un atildado secretario introdujo a Neil Drummond en el lujoso despacho, detrás de cuya mesa se encontraba Latimer Woodley. Para Drummond, Woodley era el prototipo del hombre de negocios, duro y sin escrúpulos, capaz de barrer sin piedad a quien se interpusiera en su camino. Woodley era un tipo cincuentón, de rostro sanguíneo, fornido y de enorme vitalidad, aparte de su carácter de hierro, que le había granjeado no pocas antipatías en el mundo de los negocios. Pero a Woodley, las simpatías o antipatías ajenas le tenían sin cuidado, con tal de que sus asuntos marcharan satisfactoriamente.

—Un conocido me ha hablado de usted, señor Drummond —dijo Woodley sin más rodeos—. Se llama Blowes y, en cierta ocasión, utilizó sus servicios. Por lo que me ha dicho, usted trabajó satisfactoriamente.

Drummond asintió. Habíase tratado de un vulgar caso de infidelidad. Lo difícil había consistido en la habilidad de la señora Blowes para disfrazarse y hacer perder sus pistas a otros detectives que habían intervenido antes en el asunto, hasta que el esposo ultrajado llamó a Drummond y éste descubrió que años entes la señora Blowes había sido actriz y conocía a la perfección el arte de caracterizarse.

—Hice lo que pude —contestó con modestia.

—Está bien, ahora no se va a tratar de un caso de adulterio. Simplemente, me han robado unos documentos muy valiosos Por su rescate, me piden doscientas mil libras. Lea —dijo Woodley.

Drummond tomó el papel que le tendía el sanguíneo individuo Era un mensaje relativamente corriente, apreció en seguida.

—¿Piensa pagar?

—De momento, sí, no tengo otro remedio —contestó Woodley —. Esos documentos robados iban a reportarme, cuando menos, el triple de lo que me piden. Sencillamente, no puedo perder ese negocio… y ya sufriré bastantes pérdidas con el retraso que me ocasiona todo este jaleo.

—¿Por qué no ha avisado a la policía?

—Mire, Drummond, deje a Scotland Yard en paz. No quiero que este asunto se divulgue. ¿Está claro?

—Clarísimo. ¿Qué quiere que haya yo?

—Hace cuatro días, recibí una…, ¡ejem…!, bueno, estaba algo aburrido y tenía necesidad de compañía. Vino una joven, tomó copas de champaña conmigo y se marchó. Los documentos, estoy seguro, se hallaban en mi portafolios antes de que ella llegase. Le digo porque los estaba repasando cuando esa pájara llamó a la puerta.

—¿No pudo hacerlo el camarero que les sirvió el champaña?

—No. Yo abrí la puerta y tomé la botella, sin dejarle entrar siquiera. Todo el tiempo estuvimos solos esa fulana y yo. Cuando se marchó, cerré la puerta con llave, porque iba a entrar en el baño. Al terminar fue cuando advertí la falta de los documentos. Ella se los llevó, no hay duda.

—Bien, admitámoslo. ¿Cómo se llama y dónde vive?

—Su nombre es, al menos el que me dio, Pamela Rittle. En cuanto a su domicilio, lo ignoro. Ella tenía un macabro sentido del humor. Dijo que la tumba es su casa… Bueno, ganas de hacer un chiste negro, como comprenderá.

—De modo que no sabe dónde vive.

—No.

—Pero de alguna forma entró en relación con ella.

—Claro. —Woodley desvió la vista a un lado—. Llamé a un número de teléfono, pidiendo… compañía.

—¿Lo había utilizado más veces?

—Sí, algunas.
—¿Conoce al titular de ese teléfono?
—Sé que es una mujer, pero es todo cuanto puedo decirle.
—O sea, no la ha visto jamás.
—No.
—Bien, deme ese número de teléfono. Me hospedaré en el mismo hotel y pediré… compañía.
—¿Cómo? ¿Cree que le pago para divertirse? —bramó Woodley.
Drummond estuvo a punto de contestar con un bufido, pero logró contenerse.
—¿Qué «gratificación» dio a la chica? —preguntó.
—Veinte libras —rezongó Woodley.
—Esto le costará un poco más. Pero, claro, se trata de un negocio que supera el medio millón.
—Casi hubiera llegado al millón, de no haber sido por esa maldita zorra —se quejó Woodley—. ¿Cuánto quiere?
—Mil libras —dijo Drummond sin pestañear—. Hablando con claridad, tengo que hacer un soborno y no puedo andarme con miserias.
—Le doy mil quinientas —dijo—. Pero quiero resultados.
—Los tendrá —afirmó.
Una hora más tarde, hizo una llamada al número facilitado por Woodley. Después, pidió una botella de champaña. A continuación, llamó a Laura Field.
—Trabajo para Woodley —anunció sin más.
—Vaya noticia —exclamó ella—. ¿Te encargó que vigilases a McPallah?
—No, ya terminé con este asunto. Pero como tú vigilabas a Woodley…
—Falsa alarma —rió ella—. El marido supuestamente ultrajado desconfiaba de Woodley. Pero no había tal infidelidad. En cambio, yo tengo una noticia para ti. Soy, quizá, una rica heredera.
—¡No me digas, ex rival!
—Todavía sigo siéndolo, Neil. Ayer mismo me comunicaron que soy la dueña de un lugar llamado Rheely Tower, una posesión de treinta hectáreas, con un poco de bosque y algo de prado, y un caserón muy antiguo. Por lo visto, soy la única descendiente de la familia, pero te juro que no tenía la menor idea sobre este asunto ni

creo haber oído hablar de la posesión.

—Vamos, eso es cuestión de algún notario emprendedor, de los que indagan en el árbol genealógico, hasta dar con el último superviviente de la familia.

—Sí, algo por el estilo. Rheely Tower está en un pueblecito escocés, llamado Morgarty, a casi seiscientos kilómetros de Londres. Un día de éstos iré a visitar mi propiedad.

—Me gustaría acompañarte, pero no puedo. El trabajo, ¿sabes?

Laura vaciló un momento. A pesar de las disputas que habían tenido, por causa de la competencia, apreciaba sinceramente a Drummond y sabía que, además de emprendedor y activo, era honesto y capaz.

—Neil, en estos momentos, yo no tengo nada entre manos y, si me sale algo, lo rechazaré hasta después de que haya visitado Rheely Tower —dijo al cabo—. ¿Tardarás mucho en el asunto Woodley?

—Con un poco de suerte, una semana, quizá menos.

—Entonces, esperaré. ¡Te invito a conocer Rheely Tower!

—Acepto encantado. Te avisaré apenas esté libre, preciosa.

* * *

Hora y media más tarde, una hermosa mujer llamó a la puerta. Drummond cruzó la sala, abrió, contempló críticamente a la visitante y se apartó a un lado.

—Me llamo Neil —dijo simplemente.

—Evie —se presentó ella. Debía de andar por los veintiocho años, calculó Drummond, y vestía con gran elegancia. Una vez estuvo dentro, lanzó sobre una butaca la estola de piel que cubría sus hombros, dejó el bolso a un lado y puso una mano sobre la cadera derecha.

Sonreía mientras miraba al joven.

—Es una agradabilísima sorpresa —dijo.

—¿Ah, sí? —murmuró Drummond, ocupado en descorchar el champaña.

—Pensé que me encontraría con un tipo gordo, calvo y asmático. Tú no tienes nada de eso —rió Evie.

Drummond llenó las copas y movió una mano.

—Ven, Evie, siéntate —indicó.

Ella obedeció, un tanto perpleja. Había una mesita y ambos ocuparon sillas opuestas. Evie tomó su copa y bebió un poco, pero se sentía inquieta.

Calmosamente, Drummond sacó un fajo de billetes y lo puso sobre la mesa.

—Tenía que pagarte veinte libras, ¿no es así? —dijo.

—Hombre, te tomas las cosas muy directamente, Neil —se quejó ella.

—Es que no puedo perder tiempo —contestó él—. Evie, ahí tienes trescientas libras. Serán tuyas si me dices quién te ha avisado para que vinieras aquí.

Evie entornó los ojos.

—Apuesto algo a que eres un detective —dijo.

—Ganarías —declaró Drummond sin inmutarse—. Pero son trescientas libras.

Sobrevino un momento de silencio.

—Se llama Sadie —dijo Evie al cabo—. Es todo lo que sé.

—¿No puedes decirme dónde vive?

—Lo ignoro. Ni siquiera sé su teléfono.

—Es decir, después de que yo la he llamado, ella te llamó a ti.

—Exacto.

—Pero le darás alguna comisión.

—Seis libras.

—¿Cómo le pagas?

—Meto los billetes en un sobre y los envío a un apartado postal.

—Evie, de algún modo entraste en contacto con Sadie. Dime la forma.

—Pues… hace algún tiempo, estaba yo sentada en un *pub* y se me acercó ella, En fin, no voy a repetir lo que me dijo, salvo que me habló de ganancias seguras y con comodidad. Y no me mintió, créeme.

—De modo que viste a Sadie en un *pub*. Dime el nombre.

—

Rood's,

cincuenta y ocho, Kennington Lane.

—¿Crees que el

Rood's

es el cuartel general de Sadie?

—He ido después algunas veces. La he visto en dos ocasiones más, pero, de común acuerdo, fingimos no conocemos.

Drummond sonrió y alzó la copa.

—Por tus éxitos —brindó.

Evie sonrió maliciosa.

—¿Contigo? —preguntó, incitante.

Drummond meneó la cabeza.

—Lo siento. Recuerda mi profesión —contestó.

—Vaya, una vez que pesco un tipo que es de mi agrado… —se quejó ella.

—Yo también lo siento muchísimo, pero ando apurado de tiempo —se disculpó él—. Por cierto, siento curiosidad por una cosa, Evie.

—Dime, Neil.

—De cada veinte libras, tú envías seis a Sadie. ¿Qué sucedería si no le enviases su… comisión?

—Sencillamente, me enviaría a Frodo.

—¿Frodo? ¿Quién es?

Evie hizo un movimiento con la mano.

—El tipo que «sacude» a las que no abonan la comisión —contestó—. He oído rumores de que a una le mojó la mejilla izquierda con un algodón empapado en ácido, pero no me hagas mucho caso. Yo lo vi una vez y, por lo visto, la carta con el dinero se había retrasado un día. Me puso los pelos de punta…, créeme. Aunque, por fortuna, logré convencerle.

Drummond sonrió.

—Tendré en cuenta a Frodo —dijo.

CAPÍTULO III

Después de un buen rato de atento examen, el doctor Ulhson se quitó el fonendoscopio y lo dejó sobre una mesa.

—Puede vestirse, señorita Cranley —dijo.

La paciente, una esbelta joven de poco más de veinte años, muy rubia y con una figura perfecta, fue al otro lado de un biombo. Desde allí, hizo una pregunta al galeno:

—Doctor, ¿cómo me encuentra usted?

—Se lo diré cuando se haya vestido —contestó Ulhson.

Martha Cranley se mordió los labios. Sentíase preocupada por su salud. Hacía ya algún tiempo que había notado los primeros síntomas y ello la había decidido a visitar a Ulhson. Al parecer, aquellos síntomas no auguraban nada bueno para su salud.

Cuando estuvo vestida, salió de detrás del biombo. Ulhson escribía algo sobre un papel. Al terminar, se lo entregó a la joven.

—Lo que tiene usted es cosa fácil de curar, aunque yo no puedo hacerlo —declaró—. Mi consejo es que vaya a Morgarty y hable con el profesor Van Hartzen. El profesor le devolverá la salud, se lo garantizo.

—¿De veras lo cree así, doctor? —preguntó Martha ansiosamente.

Ulhson sonrió.

—Venga a verme dentro de un mes —dijo.

—Está bien, doctor; si está tan seguro…

—Tan seguro, que ni siquiera voy a cobrarle mis honorarios. Su dolencia es grave, ¿para qué engañarnos?; pero yo, insisto y lo garantizo, estoy absolutamente seguro de que el profesor Van Hartzen la dejará como nueva. Verá, señorita Cranley, si lo que tiene usted fuese un simple resfriado, yo le cobraría al menos cinco libras por la visita…

Martha sonrió.

—Comprendo, doctor, y muchas gracias —dijo, a la vez que guardaba en el bolso el sobre que le había entregado su interlocutor.

—Ahí indico todos los síntomas y el estado actual de su enfermedad —añadió Ulhson—. Eso será suficiente para que el profesor pueda iniciar el proceso de curación.

Ulhson abandonó su mesa y tomó con sus manos la derecha de Martha.

—Animo, muchacha; usted es joven y tiene toda una vida por delante —dijo, persuasivo—. No desespere; llegar a Morgarty es como estar ya curada.

La joven se marchó, llena de esperanzas. Apenas se quedó solo, Ulhson fue al teléfono y marcó un número.

Esperó casi un minuto antes de obtener la comunicación. Al fin, oyó una voz al otro lado de la línea:

—Residencia del profesor Van Hartzen.

—Soy Ulhson. Deseo hablar con el profesor inmediatamente.

—Sí, doctor.

Ulhson esperó medio minute más. Al fin, oyó la voz de Van Hartzen:

—¿John?

—Sí, Lud. Escucha, te envío una paciente. Se llama Martha Cranley.

—Muy bien, la atenderé como de costumbre. ¿Nada más?

—Eso es todo, Lud.

—Un momento, John. ¿Cómo va el último asunto?

—Estupendamente.

—Lo celebro. Adiós.

Ulhson colgó el teléfono y se frotó las manos. Sí, estaba haciendo buenos negocios desde que conoció a Van Hartzen, se dijo, muy complacido.

* * *

La mujer que estaba sentada en un rincón del *pub*, fumando displicentemente, era muy rubia, con toda seguridad más que teñida, pensó Drummond, Debía de andar entre los treinta y cinco y cuarenta años, y era de formas más que generosas. “El tipo ideal de

un cargador de muelle", se dijo el detective, aunque bien mirado, Sadie tenía aspecto de resultar muy simpática, lo que tal vez hiciese olvidar algunos otros detalles de su persona.

Transcurrió una hora. Al cabo de ese rato, Sadie se puso en pie y tiró disimuladamente hacia abajo de su falda. "La faja", pensó Drummond.

Ella salió del *pub*. Drummond la siguió disimuladamente. Poco después, Sadie entraba en una casa.

Apenas dos minutos más tarde, Drummond llamó a una puerta. Una voz, a través de un interfono, preguntó qué deseaba el visitante.

—Eche el ojo por la mirilla —dijo Drummond, a la vez que hacía ondear dos billetes de veinte libras.

La puerta se abrió con inusitada rapidez. Una mano, de largas uñas rojas se apoderó del dinero.

—Es la llave que mejor abre una puerta —dijo Sadie, sonriendo maliciosamente—. Entra, buen mozo.

Drummond cerró con el tacón.

—Hay más billetes, Sadie —anunció.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó ella. Aún no se había cambiado de ropa.

—No hagas preguntas indiscretas. Yo sí las hará, pero seré absolutamente discreto.

Drummond enseñó otros dos billetes, que metió personalmente en el amplio escote de la mujer. Sadie lanzó un gritito.

—¡Qué descarado! —Pero no se había escandalizado por la acción—. Bueno, dispara, guapo.

—Me llamo Neil. Quiero que me des detalles de una chica que se llama Pamela Rittle.

Sadie frunció el ceño.

—Una mujer extraña —murmuró.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, a veces me daba la sensación de que era un robot… Parecía ausente, aunque hablaba y coordinaba normalmente… Pero, chico, tenía la piel de un muerto. ¿Por qué te interesas por ella?

—Negocios —contestó Drummond evasivamente—. Sigue, por favor.

Sadie le miró con ojos llenos de malicia.

—Aguarda unos minutos —dijo—. Mientras, sirve dos copas.

Sadie se marchó. Cuando regresó, tenía el pelo suelto y se había puesto una bata muy corta y de tejido que no tenía nada de espeso. Drummond le dio un vaso alto, ella bebió un trago y luego le miró por encima del borde.

—¿Te gusta el pez muerto? —preguntó.

—El pez… Oh, te refieres a Pamela.

—Sí, justamente. Puedo darte su número de teléfono, si tienes tanto interés. Y también su dirección, pero tendrás que pagarlo.

—Te he dado cuarenta libras, Sadie.

—No es bastante, Neil.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Drummond se resignó y avanzó hacia ella.

Sadie suspiró hondamente, mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Mucho más tarde, escribió en un papel una dirección y un número de teléfono.

—Esto es algo que no hago corrientemente —manifestó.

—Alguna vez tenías que quebrantar tus reglas —sonrió Drummond.

—Sí, pero voy a pedirte un favor, Neil.

—Dime, hermosa.

—Sé discreto, te lo ruego. No eches a perder mi., negocio.

—Soy hombre terriblemente discreto Quédate irán quila.

Drummond se dirigid hacia la puerta. Cuando ya se disponía a abrirla, alguien lo hizo desde afuera.

Un hombre cruzó el umbral. Era tremendamente alto, con tórax de hércules de feria y rostro cruzado por una cicatriz poco agradable.

—Sadie, ¿qué diablos hace aquí este tipo? —preguntó destempladamente.

—Ya me iba, Frodo, no se moleste —dijo Drummond.

—Frodo, Neil es un buen amigo —intervino Sadie.

Los ojos del gigante se pasearon por la estancia. Vio las copas y el cenicero casi lleno de colillas y su pecho se dilató coléricamente.

—Voy a machacarte las narices —gruñó.

Alzó el puño, pero, en el mismo momento, la puntera de un zapato golpeó dolorosamente su rodilla derecha. Un agudo chillido

se escapó de los labios del gigante, olvidando en el acto sus propósitos belicosos.

Desde la puerta, mientras Frodo daba ridículos saltitos, Drummond se volvió hacia Sadie y le guiñó un ojo. Ella contestó cerrando el índice y el pulgar en círculo.

Una hora después, Drummond se llevaba un chasco; Pamela Rittle no estaba en su casa.

El conserje, sin embargo, le dio noticias realmente sorprendentes:

—La señorita Rittle se marchó anteayer. Parecía tener mucha prisa y cuando le pregunté si tenía algún pariente enfermo, ella dijo que debía volver a Morgarty cuanto antes. Incluso añadió que la tumba era su casa, pero yo lo tomé como una broma…

—¡Morgarty! —repitió Drummond, perplejo. ¿No era aquella localidad donde estaba ubicada la posesión que había heredado Laura Field?

El informe del conserje bien merecía una buena propina, Dos libras cambiaron de mano en el acto.

Drummond no perdió tiempo en contactar con Laura.

—Tú dijiste que te gustaría mi compañía para conocer Rheely Tower —dijo.

—Sí, aunque no es cosa de vida o muerte, por supuesto.

—Bueno, de vida o muerte, no, pero sí hay cierta prisa. Además, tú me servirás de tapadera.

—Hombre, muchas gracias…

—Laura, no te enfades. Se trata, por ahora no puedo darte más detalles, de un asunto de doscientas mil libras o más, ¿comprendes?

—Acabas de darme un puñetazo en el estómago —dijo ella—. Pero ¿qué tiene que ver Rheely Tower…?

—Lo único que sucede es que está en Morgarty y que yo tengo que ver allí a una persona. Con bastante urgencia, además.

—Muy bien. Si te parece, podríamos salir mañana a primera hora…

—A las ocho, como máximo. Hay seiscientos kilómetros largos, tú misma lo dijiste.

—A las ocho. ¿Vendrás a recogerme?

—De acuerdo.

Acto seguido, Drummond uso el teléfono nuevamente, pero

ahora para llamar a Woodley.

—¿Alguna noticia? —preguntó el financiero.

—La…, ladrona está fuera de Londres. No obstante, he encontrado su paradero. Tengo que salir de viaje urgentemente.

—El plazo se acaba pronto —gruñó Woodley.

—Lo siento, no he podido dar antes con la pista de Pamela. Y no ha sido tan fácil, por otra parte.

—Está bien, ¿cuándo tendré más noticias?

—Quizá pasado mañana, señor Woodley. Pero ahora quiero hacerle una pregunta. Necesito una respuesta sincera, ¿comprende?

—Hable —gruñó el financiero.

—Si yo no recupero esos documentos a tiempo, ¿quién podría tener interés en ellos?

—McPallah.

Drummond respingó. «Vaya una gentecita, estos hombres de negocios. Se tiran a degüello que es un contento», pensó.

—Es decir, McPallah sí pagaría las doscientas mil…

—¡Y cien mil más, incluso! —Bramó Woodley—. Con tal de arruinarme, sería capaz de todo.

Drummond meditó unos instantes. Después de hablar con Pamela, se dijo, tendría que sostener una interesante conversación con Hotson McPallah.

CAPÍTULO IV

El viento soplaba en rachas frías y húmedas, que arrastraban las nubes plomizas a no demasiada altura del suelo. En la tarde gris y desapacible. Harry McHutts limpiaba de hierbas una sepultura, ansiando volver pronto a su casa para tomarse un buen trago de *whisky* que le quitase la humedad que parecía llegarle hasta los huesos.

De pronto, vio una figura solitaria, enlutada, que avanzaba lentamente hacia él. Era una mujer joven, muy hermosa, de rostro completamente blanco y pupilas mortecinas. McHutts se incorporó y esperó la llegada de la bella desconocida, cuyo rostro le pareció vagamente familiar.

—Buenas tardes, señora —saludó McHutts instantes después, a la vez que se quitaba cortésmente la gorra a cuadros—. ¿Puedo servirle en algo?

Ella miró a su alrededor. McHutts aguardó en silencio su respuesta.

—Sí —dijo al cabo la joven—. Deseo saber dónde está la tumba de Pamela Rittle.

McHutts parpadeó. Ahora sabía por qué le parecía conocido el rostro de la desconocida. Sin duda, era hermana de la difunta, a la cual había visto alguna vez en el pueblo. Tal vez hermana gemela, ya que el parecido resultaba asombroso.

—Sí, señora —contestó—. Tenga la bondad de seguirme.

—Muchas gracias. Temí llegar tarde y encontrarme cerrada la puerta del cementerio.

—Estaba limpiando una tumba… Nuestro cementerio no es muy grande, señora…

Ella no contestó. Momentos después, McHutts se detenía ante un trozo de tierra, en donde había una rústica cruz de madera, pintada

de blanco y con un nombre escrito en el brazo horizontal con letras negras.

—La lápida está encargada, por eso se puso provisionalmente esta cruz, señora —explicó el sepulturero.

—Al fin he encontrado mi casa —dijo ella con lúgubre acento.

McHutts respingó:

—¡Señora! —exclamó.

Ella se volvió y le dirigió una leve sonrisa.

—Sí, esa tumba es mi casa. Yo soy Pamela Rittle —declaró sensacionalmente. Y apenas había pronunciado estas palabras, cayó a un lado, como una masa inerte.

McHutts dio un salto hacia atrás. Por su profesión, estaba familiarizado con la muerte, pero lo que acababa de escuchar era la cosa más sorprendente que había oído en los días de su vida.

Al cabo de unos segundos, reaccionó y se arrodilló junto a la mujer.

—Señora —dijo, dándole unas suaves palmaditas en la mejilla.

Pero ella no contestó. Entonces, el asombradísimo McHutts se dio cuenta de dos cosas: la piel de la bella desconocida estaba fría como la de una muerta; segunda, su corazón no latía.

McHutts se puso en pie, aterrado. Estuvo así unos segundos y luego, dando media vuelta, echó a correr hacia Morgarty, cuyas primeras casas se encontraban escasamente a cuatrocientos metros de distancia.

* * *

Habían pasado apenas las cuatro de la tarde, cuando Drummond detuvo el coche en la calle principal de Morgarty Suspiró hondamente y luego se puso un cigarrillo en los labios.

—No ha estado mal la carrerita, ¿verdad? —sonrió.

Laura asintió. Ya tenía en la mano una carta, en cuyo sobre se leía un membrete con la dirección del remitente.

—La casa del notario está a cincuenta pasos, a juzgar por la numeración —dijo—. ¿Prefieres seguir con el coche o te conviene estirar las piernas?

Drummond abrió la portezuela en el acto.

—Hay que hacer ejercicio —sonrió—. Iremos primero a ver a tu notario; tal vea él sepa darnos alguna indicación sobre el paradero

de tu amiga Pamela Rittle.

Laura se había apeado también y meneó la cabeza.

—Quién lo dijera. Una chica tan bonita y distinguida…, acabar de mala manera, con ese oficio tan viejo…

—La vida da muchas vueltas, Laura —contestó él, filosófico, mientras contemplaba el conjunto de edificios del pueblo, apenas más que una aldea, aunque, en general, todos parecían limpios y cuidados. La mayoría de los tejados de las casas eran de pizarra y los muros de piedra, aunque había algunas edificaciones con ladrillo, ennegrecido ya por el paso de los tiempos.

Momentos más tarde, se detenían ante una casa en cuya puerta se leía un rótulo: «Angus Bentham, notario y abogado». Drummond se preguntó cómo era posible que Morgarty tuviese capacidad suficiente para mantener a un hombre que ejercía tal profesión. La respuesta era que tal vez poseyese tierras que ayudasen a mejorar sus ingresos.

Laura tiró de la cadenita de la campanilla. A los pocos momentos, asomó una mujer de edad, que les miró con cierto recelo.

—Soy Laura Field —se presentó la muchacha—. Tenga la bondad de anunciamos al señor Bentham.

—Está bien, señorita… Pasen, por favor.

Laura y Drummond entraron en una casa de brillante suelo de madera, que olía a manzanas. Laura aspiró profundamente la atmósfera.

—Esto me trae a mis tiempos de niñez, cuando venía al pueblo a casa de mis tíos… —dijo, cerrando los ojos un momento.

—¿Vivías aquí? —preguntó.

—No, ellos residían a unos treinta kilómetros. Recuerdo haberles oído hablar vagamente de una posesión en Morgarty, pero nunca paré demasiada atención en el detalle. Ahora, ya ves, esa propiedad se ha materializado…

La mujer que les había recibido estaba en una habitación situada al fondo. A los pocos segundos, se hizo visible de nuevo.

—El señor Bentham les aguarda —dijo.

Laura echó a andar hacia allí, con paso resuelto, seguida de su acompañante.

Momentos después se encontraban en presencia de un hombre

menudo, con lentes de pinza y cara un tanto ratonil, pero de modales exquisitos.

—Es un placer conocerla, señorita Field —dijo Bentham—. Después de tantos años de buscar al heredero de James y Susan Kird… Apuesto a que ya no se acuerda de mí, señorita. Yo iba a visitarles con alguna frecuencia a su posesión de Hampton Manor…, claro que entonces era usted una chiquilla que no paraba de corretear por el campo… —El notario se volvió hacia Drummond—. ¿Su esposo? —preguntó.

—No —contestó Laura—. Es Neil Drummond, un buen amigo mío, quien también tiene algunos asuntos que solucionar en Morgarty. Pero, dígame, por favor, señor Bentham, ¿tiene algún valor real mi propiedad?

El notario hizo un gesto ambiguo.

—Según como se mire —contestó—. El bosque no es demasiado extenso y los árboles no son lo que se dice realmente aprovechables para madera. Hay un par de prados; quizá, con mucho trabajo, se podrían utilizar para sembrar algo… Y luego está la casa, claro Aunque ahora está ocupada, si usted lo desea, yo puedo rescindir el contrato.

—¿Cómo…? ¿Rheely Tower está ocupada…? —se asombró Laura.

—Verá, señorita; sus tíos me habían otorgado plenos poderes para administrar la propiedad. Hace ya algún tiempo recibí una propuesta para alquilar la residencia. Entre tenerla abandonada y conseguir cuatrocientas cincuenta libras anuales, la diferencia, me parece, es sustanciosa.

—Sí, claro, tiene usted razón. Pero ¿por qué dijo que si yo quiero puede rescindir el contrato?

—Es que cuando el profesor vino a solicitarme le alquilase Rheely Tower, yo accedí bajo la condición de que el futuro propietario aprobase ese contrato. Y así figura en el documento de alquiler…

Laura movió la mano.

—No echaré a ese hombre de su casa —dijo—. Como ha mencionado, cuatrocientas cincuenta libras al año, son muy buenas.

—Pagaderas por trimestres, señorita —puntualizó el notario—. Tres trimestres de ciento diez libras y el último de ciento veinte.

—No te puedes quejar —sonrió Drummond—. Es dinero que te llueve del cielo.

—Al Gobierno le lloverá la mayor parte de esa suma —dijo Laura con sorna—. En cuanto me pasen la factura de los impuestos…

—Son terrenos que constan como destinados a labranza. Los impuestos son mínimos en este caso —dijo el notario.

—Vaya, menos mal… Señor Bentham, antes dijo usted que el ocupante es un profesor…

—Sí, señorita, el profesor Ludovicus Van Hartzen Químico, según él.

—Ése no parece un apellido inglés —observó Drummond.

—Al menos, el pasaporte sí lo es —respondió Bentham.

—La nacionalidad importa poco, si es puntual en sus pagos —dijo la muchacha.

—Sobre eso, no hay duda alguna, señorita.

—Muy bien. ¿Hacia dónde cae Rheely Tower?

—Está a menos de tres kilómetros de la población. —Bentham sacó del chaleco un enorme reloj y consultó la hora—. Pero si piensan pernoctar en Morgarty, y les recomiendo la posada de Jeremy Friars, lo mejor será que vayan mañana por la mañana. No es que usted no pueda hacerlo ahora, señorita; a fin de cuentas es la propietaria, pero al profesor no le gustan las visitas después de anochecido.

—Todavía no es de noche —exclamó Laura.

—Bueno, quiero decir cuando atardece… Pero si insiste…

—Oh, no, no tengo prisa. Iremos mañana, ¿no te parece, Neil?

Drummond asintió. Luego, Laura agregó:

—Creo que tenías que hacerle una pregunta al señor Bentham.

—Sí, es cierto —dijo Drummond—. Señor Bentham, usted que es de Morgarty, ¿podría indicarme dónde vive una joven llamada Pamela Rittle?

—Fuimos compañeras de colegio —sonrió Laura.

Al oír aquel nombre, Bentham se echó hacia atrás en su sillón. Una viva expresión de terror apareció en su rostro.

—¡Pamela Rittle! —exclamó.

—Sí, la misma —confirmó Drummond—. ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo malo, señor Bentham?

El notario se pasó una mano por la cara.

—Que si le ha pasado algo… ¡Dios mío, si se dan un poco de prisa, aún llegarán a tiempo de ver cómo la entierran por segunda vez!

* * *

—Según apreció Drummond minutos después, el pequeño cementerio estaba adosado a la trasera de una pequeña capilla que, acaso en tiempos, había sido rectoral y que ahora había perdido su antigua importancia, Pero el conjunto estaba bien conservado.

Al cementerio se accedía por una puertecita lateral, abierta en aquellos momentos. Casi era ya de noche cuando Drummond detuvo el coche junto a la tapia.

Laura se sentía desfallecer. La historia que les había relatado el notario era fantástica, pero no cabía dudar de la palabra de un hombre tan poco dado a la fantasía como Bentham. Pamela había muerto, fue enterrada y, al cabo de varias semanas, volvió para que la enterrasen de nuevo, sin que nadie supiera cómo había salido de su sepultura.

En un principio, todos habían creído que se trataba de una hermana gemela, muerta tal vez de pena junto a la tumba de Pamela. Pero cuando se descubrió el ataúd y se encontró vacío, la historia que había contado McHutts y que en un principio fuera tomada a chacota, empezó a contarse como real.

Entraron en el cementerio. Cerca de uno de los ángulos del recinto había un grupo de gente en torno a un ataúd. Un sacerdote rezaba las últimas oraciones. Drummond y Laura se acercaron al grupo.

El clérigo lanzó unas gotas de agua sobre el féretro. Cuatro hombres se dispusieron a bajarlo a la fosa.

—Por favor —dijo Laura.

Todos los rostros de los presentes se volvieron hacia ella.

—Fui amiga de la pobre Pamela Rittle —continuó la muchacha —. Desearía verla por última vez.

Uno de los hombres se volvió hacia el sacerdote Este asintió.

—Agárrame fuerte, Neil —pidió Laura en voz baja; y se sintió mucho más confortada cuando percibió en torno a su brazo los dedos de la mano masculina.

La tapa del ataúd giró a un lado. Laura cerró los ojos un instante, pero luego se obligó a sí misma a mirar Sí, todas las dudas quedaban borradas. Era Pamela Rittle.

—Muchas gracias —dijo débilmente.

Drummond hizo un gesto con la cabeza. La tapa del ataúd giró y el cuerpo inmóvil de Pamela desapareció de la vista de todos los presentes.

Laura se inclinó y arrojó un puñado de tierra a la tumba. Había lágrimas en sus ojos.

—Y pensar que no hace mucho dije yo que tenía la piel como de difunto —recordó Laura, ya de noche, cuando emprendían el regreso al pueblo.

—Te oí comentar algo al respecto —dijo Drummond.

—Sí, pero era un comentario banal… No sé cómo decirte; se me ocurrió en aquel instante, después de hablar con ella muy brevemente. En aquellos momentos no se me ocurría siquiera que pudiera haber salido de la tumba… si es verdad lo que cuentan.

—Una historia con mucha fantasía, aunque, al parecer, todo el mundo está convencido de que se entierra a, Pamela por segunda vez. Pero el caso es que no sabemos siquiera de qué murió.

—¿Importa mucho ahora ese detalle, Neil?

—Laura, recuerda que Woodley acusó a Pamela de haberle robado unos documentos importantísimos. Ese robo se produjo apenas hace una semana…, ¡y Pamela fue enterrada hará unos veinte días escasamente!

Laura se puso una mano en la frente.

—No lo comprendo —dijo—. ¿Cómo puede una persona que ha sido enterrada, salir de su tumba, viajar hasta Londres, estar con un hombre… y luego regresar a Morgarty, diciendo que vuelve a su tumba?

—Si tanto te atormenta ese problema, trataré de ayudarte a resolverlo —dijo Drummond—. Harry McHutts está en cama, enfermo de la impresión que le produjo el encuentro con Pamela. Y es un hombre acostumbrado a ver cadáveres —añadió.

—Neil, Morgarty es un pueblo muy pequeño. Los entierros son muy escasos —objetó ella.

—Sí, pero Harry tiene más de cincuenta años y lleva casi treinta de sepulturero. Aunque no haya enterrado a más de dos personas

por año, ha visto ya sesenta cadáveres.

Laura se mordió los labios.

—Me gustaría hablar con él —dijo.

—Nena, tú no estás en condiciones de sostener una conversación medianamente coherente —manifestó Drummond, a la vez que detenía el coche en la posada—. Entra ahí, pide un té… o mejor, una buena dosis de *whisky* para animarte, y aguarda mi vuelta. Yo te contaré todo lo que me diga McHutts. ¿Entendido?

Laura sonrió y puso una mano sobre la más cercana de Drummond.

—A pesar de lo que nos peleamos, somos buenos amigos —dijo.

—Eso es algo que no puedes dudar jamás —respondió él.

CAPÍTULO V

Drummond entró en la sala de estar de la posada, decorada con una chimenea en la que ardía un buen fuego. También se podía comer allí, según apreció al ver a una atractiva joven sentada ante una mesa, en uno de los rincones de la estancia. Pero su atención fue en seguida a Laura, situada en una butaca cercana al hogar.

Hombre prevenido, Drummond llegaba ya con dos vasos en la mano y ofreció uno a la muchacha, Laura sonrió:

—He bebido ya una buena dosis —dijo.

—Tómate la segunda; no te estorbará. A mí, la señora McHutts me ha dado una copa de su aguardiente casero, que parecía hecho con residuos de combustible nuclear.

Laura se echó a reír.

—Conozco esos aguardientes —dijo—. Algunos son dinamita líquida.

—El de la señora McHutts era una especie de condensado en todos los que tú conoces. Bueno, abreviando, nena. Harry se ha mostrado bastante locuaz —declaró el joven—. Sí, Pamela murió, el doctor Hulligan certificó su defunción: la enterraron… y a los veinte días, reapareció, preguntando por su tumba. En el primer momento, Harry creyó que se trataba de una hermana gemela…

—Por lo que yo sé, Pamela era hija única —dijo Laura.

—Bien, pero resulta lógico pensar en una hermana gemela, ¿verdad? Luego Harry la guió hasta la tumba, ella dijo que al fin había encontrado su casa… Harry pensó que estaba loca o algo por el estilo y Pamela dijo que la tumba era su casa. Entonces, cayó redonda al suelo…, ¡y murió por segunda vez!

Laura pareció sentirse muy impresionada al escuchar aquellas palabras.

—¿Había muerto realmente en la primera ocasión? —preguntó.

Drummond se encogió de hombros.

—También he hablado con el doctor Hulligan —manifestó—. A su juicio, no sólo no hay dudas sobre la primera muerte de Pamela, sino que ni siquiera puede admitir que se trate de un caso de catalepsia. Hulligan dice que estaría dispuesto a admitir su error, sí fuese así, pero que vio a Pamela verdaderamente muerta tanto como la segunda vez.

Laura se mordió los labios.

—Muerta, ¿de qué, Neil? —preguntó.

—Paro cardíaco.

—¿Barbitúricos?

—No los tomaba.

—Tal vez tiró el envase…

—Laura, un suicida no hace eso. No le importa en absoluto que la gente vea que se ha tragado un montón de pastillas. Pamela no tomaba más medicinas que reconstituyentes vitaminados…, tan inofensivos en un sentido como en otro.

—Entonces, ¿qué hacía aquí?

Drummond se encogió de hombros.

—Le aconsejaron un cambio de clima, eso es lo que dijo a todos —contestó.

Laura arrugó la nariz.

—No es un clima muy apreciable —manifestó.

—Morgarty puede ser húmedo, lluvioso, frío y todo lo que tú quieras, pero tiene dos ventajas inapreciables: tranquilidad, lo que significa silencio, y una atmósfera limpia. Quizá no le convenía un clima soleado; no es cosa que ocurra con frecuencia, pero hay personas a las que un clima soleado, mediterráneo, por ejemplo, les sienta como un tiro. Bien abrigado, con buen calzado, Morgarty es excelente para pasear por el campo, a menos que diluvie.

—Eso sí es cierto —admitió la joven—. Me acuerdo de Pamela… Cuando la vi en el hotel tenía la mirada ausente, la voz torpe… Incluso parecía no coordinar bien sus pensamientos…

—Pero te reconoció.

—Desde luego. —Laura sintió un escalofrío—. ¡Y pensar que entonces dije yo que tenía la piel como si acabara de salir de la tumba!

—Dijiste la verdad, hermosa.

Laura miró fijamente al hombre que tenía frente a sí.

—¿Debemos creer que Pamela murió, fue sepultada y, por algún procedimiento que ignoramos, volvió a la vida y salió de la tumba? —dijo.

—Tú la viste en el hotel. Subió a la habitación de Woodley y estuvo con él un par de horas. Se le llevó unos documentos…

—¿A quién se los entregó?

Drummond aplastó el cigarrillo que había encendido contra un cenicero próximo.

—Eso es lo que ya no sabremos —contestó—. Porque es de suponer que no vuelva ya a abandonar su tumba.

Jeremy Friars, el posadero, se acercó en aquel momento a la otra huésped.

—Señorita Cranley…

La joven se volvió hacia Friars.

—¿Sí?

—Su casa estará lista mañana por la mañana. Acabo de hablar con la señora McLeigh y me ha dicho que le convendría pasar esta noche en la posada. No es por ganarme algún dinero —sonrió Friars —; la verdad es que se trata de una casa que ha estado cerrada algún tiempo y conviene calentarla. La señora McLeigh se ocupará de ello, señorita Cranley.

—Está bien, muchas gracias. Mañana me mudaré.

—Le deseo una feliz estancia y ojalá el clima de Morgarty le siente bien. ¡Buenas noches, señorita!

—Buenas noches —contestó Martha Cranley.

Drummond oyó en parte la conversación, pero no le prestó excesiva atención, preocupado, sobre todo, por la forma en que podría averiguar el paradero de los documentos que Pamela había sustraído del portafolios de Woodley Parecía ser que Pamela había actuado por instigación del rival de Woodley, Hotson McPallah, pero ¿cómo probarlo?

El día siguiente llegó y todavía no había sabido hallar una solución para el que juzgaba acuciante problema.

* * *

Rheely Tower era una especie de caserón, con muros de piedra y tejado de pizarra bastante inclinado, a dos aguas. Constaba de

planta y piso y, en el ángulo sur tenía adosada una torre cilíndrica, en la que tal vez, pensó Drummond, había habido almenas en tiempos pasados. Como fuera, la torre, en la que se divisaban algunas ventanas, apenas rebasaba en altura el punto de mayor elevación del tejado:

Detuvo el coche frente a la entrada, una puerta de arco semicircular, con dintel de gruesas piedras y dos hojas de recios batientes de madera, con abundantes clavos. Había hiedra en algunos lugares de la fachada, que ofrecía un aspecto menos ruinoso de lo que había pensado en un principio.

Tras apearse, caminó con Laura hasta la puerta y alzó el gran llamador de hierro. Dos golpes resonaron con fuertes ecos en el interior de la casa. A los pocos momentos, se abrió una de las hojas.

—Los señores dirán… —murmuró el individuo que había abierto.

—Soy Laura Field, nueva propietaria de Rheely Tower —dijo la muchacha—. Éste es el señor Drummond, quien me acompaña. Tengo entendido que el profesor conoce ya el dato que acabo de citar.

—Ah, usted es la señora Field… Encantado, señorita; yo soy Nichal, el criado del profesor. Pero entren, por favor; al profesor le gustará mucho conocerles a ustedes.

—Gracias, señor Nichal —sonrió Laura.

—Sin tratamientos, por favor, señorita —dijo el criado—. Síganme, se lo ruego. El profesor está ahora con una visita, pero les recibirá tan pronto le sea posible.

Drummond y Laura cruzaron un amplío zaguán, del que arrancaba una escalera, con pasamanos de oscura madera, prolongada en un corredor voladizo, que daba a las habitaciones superiores, cuyas puertas eran visibles desde la entrada. Había algunos muebles en el zaguán, un par de sillones, una mesa antigua y un gran arcón de madera, claveteado, y también un viejísimo cuadro, cuya tela aparecía casi negra por el paso del tiempo.

Nichal les condujo a una sala, algo mejor decorada, pero sin demasiadas pretensiones. No obstante, en una especie de consola, había algunas botellas y copas.

—Si lo desean, pueden servirse a su gusto —indicó Nichal—. Avisaré al profesor tan pronto me sea posible.

El criado se retiró. Drummond se acercó a una de las ventanas, desde la que se dominaba una gran extensión de terreno, debido a que la casa estaba situada en una ligera elevación.

—Con buen tiempo, aquí se debe de pasar estupendamente —dijo.

—Tal vez, pero la comarca no me gusta demasiado —manifestó ella—. Hablaré con Bentham. Si le hacen una buena oferta, venderé.

—Y tú pensabas que te convertías en una rica heredera —comentó Drummond maliciosamente.

—¿Qué hubieras pensado tú en mi caso? Ni me acordaba ya de los tíos James y Susan. Figúrate, una recibe una carta en la que le comunican es la dueña de algo que se llama Rheely Tower y la imaginación se desboca…

De pronto, se oyó una voz en el vestíbulo:

—Vuelva mañana, señorita Cranley. Puede estar segura de que lo que le sucede no es nada grave en absoluto. Mi buen amigo el doctor Ulhson hizo bien en enviarla aquí, créame.

Drummond se volvió. La puerta estaba sin cerrar del todo, lo que les había permitido escuchar aquellas frases.

—Pasee mucho y procure oxigenar sus pulmones —continuó Van Hartzen—. Con el medicamento que le he recetado, es todo cuanto necesita, señorita Cranley.

—Gracias, profesor —contestó Martha.

Momentos después se abría la puerta.

Van Hartzen sonrió.

—¿Cómo está, señorita Field? ¿Señor Drummond? —saludó cortésmente.

—Encantada, profesor —dijo Laura—. El notario me habló de usted…

—También me dijo que, al cabo de muchos años, había conseguido localizar a la heredera y propietaria de esta casa. Bien, como le habrá puesto en antecedentes del contrato, ya sólo falta su decisión para rescindirlo…, o continuar aquí —dijo Van Hartzen.

—No tengo la menor intención de rescindir el contrato —declaró la muchacha—. Simplemente, como puede ver, quería conocer mi propiedad.

Van Hartzen se echó a un lado, a la vez que movía la mano izquierda.

—Estoy dispuesto a enseñarles hasta el último rincón de la casa —dijo con gran amabilidad—. Algunos ignorantes lugareños —añadió riendo—, dicen que hago experimentos diabólicos, que invoco al demonio… La realidad es muy otra, como podrán comprobar dentro de poco.

—Nosotros no sospechamos en absoluto de usted, profesor —sonrió la joven.

—Es un favor que agradezco muy sinceramente, señorita.

Media hora más tarde, se despidieron de Van Hartzen. Cuando ya iban a salir, Drummond le hizo una pregunta:

—Profesor, ¿también es usted médico?

Van Hartzen sonrió.

—¿Lo dice por la muchacha que me visitó cuando ustedes llegaron? Bien, la verdad es que se trata de un caso muy particular, remitido por un médico de Londres, gran amigo mío, el doctor Ulhson. Sí, yo también soy médico, aunque no ejerzo sino en casos excepcionales.

—Uno de ellos es el de la señorita Cranley, profesor.

—Oh, sí, pero sólo lo he aceptado debido a mi gran amistad con el doctor Ulhson. En realidad, Martha Cranley no tiene sino un agotamiento nervioso, debido a exceso de trabajo. Sólo necesita comida abundante y sana, dormir muchas horas y pasear por el campo. En un par de semanas, estará como nueva, créame. —Van Hartzen sonrió—. Claro que le he recetado algunas medicinas, pero son absolutamente inofensivas y ayudarán a su curación por simple sugestión.

—Muy amable, profesor. He tenido un verdadero placer en saludarle —se despidió Drummond.

—El placer y el honor son míos —aseguró Van Hartzen.

Drummond y Laura subieron al coche. Cuando el vehículo arrancaba, Laura suspiró.

—¡Viaje perdido, Neil!

—Para ti, no. Has podido conocer tu propiedad y a su actual inquilino…

—Yo me refería a tu trabajo. ¡Pobre Pamela!

Guardaron silencio unos momentos. Luego, Laura, profundamente preocupada, dijo:

—Neil, ¿de veras crees que Pamela murió dos veces…?

—Nena, hay cosas que no sabemos entender. Pero algo si es absolutamente seguro: todos los que me han hablado del caso, coinciden en unas mismas declaraciones. Pamela murió, fue enterrada… y apareció a los veinte días, diciendo que volvía a su casa, que era la tumba.

—Una casa horrible —murmuró ella.

—Laura, la tumba no es nunca una casa…, aunque sí la última morada del hombre —dijo él sentenciosamente.

* * *

De vuelta a Londres, lo primero que hizo Drummond fue tratar de concertar una entrevista con McPallah. Una secretaria Se dijo que el financiero estaría ausente un par de días, por lo que Drummond decidió continuar sus investigaciones por otro camino.

El final del otro camino estaba en el departamento de Sadie. La rubia abrió los ojos mucho al verle. Luego alargó una mano y tiró de él hacia adentro, para colgarse de su cuello acto seguido y besarle ardorosamente.

—Chica, qué volcánica —dijo Drummond, después de tomar aliento.

—A tu lado, cualquier mujer es un volcán en erupción —contestó Sadie maliciosamente—. ¿De dónde sales…?

—¿De dónde sale el *whisky* en esta casa?

Sadie se echó a reír alegremente. Preparó dos *high-balls* y luego se sentó en un diván junto a su visitante. La bata se abrió espectacularmente, pero ella no hizo ningún caso.

—Bien, dime, ¿dónde has estado? —preguntó, momentos después.

—Trabajando, preciosa.

Sadie entornó los ojos.

—Tú no eres un «poli» —dijo—. Los huelo a media milla de distancia. Pero sí me pareces un detective privado.

—¡Diana! —rió él.

—Me llamo Sadie, tú…

—No, si digo que has dado en la diana. Sadie, se trata de Pamela Rittle. Necesito todavía más detalles.

—La chica te gusta, ¿eh?

—¿Has vuelto a saber de ella?

—No, no me ha llamado para anunciarme que… tenía libre su teléfono. Y es raro, porque resultaba una chica realmente encantadora.

—Pero con otros defectos.

—Eso sí —convino Sadie—. Fría, distante, a veces parecía un robot…

—Ya lo dijiste la última vez que nos vimos. Lo que yo quiero saber es si tuviste mucha relación con ella, después de conocerla por primera vez.

—Di su teléfono en dos ocasiones. Claro que a ella la conocí en el Rood's. Cuando la abordó se mostró amable, aunque fría. Debo confesarte que he sufrido algún chasco. —Sadie se puso seria de repente—. Neil, la vida no es igual para todos —se quejó—. Si supieras lo que yo he tenido que aguantar cuando era una niña… Y después, cuando empecé a crecer… Me he hecho muy dura, pero ha sido más por acorazarme que porque lo sea realmente…

Drummond dio unas palmaditas en la mano de Sadie.

—Soy comprensivo —dijo—. Vamos, continúa. Estábamos hablando de cuando conociste a Pamela en el Rood's.

—Bueno, la vi y… Me pareció que era la clase de chica a la que le gusta ganar unas libras extras. Hablé con ella y aceptó. Eso es todo, Neil.

CAPÍTULO VI

Drummond reflexionó unos segundos. Sadie parecía sincera, pero convenía «exprimirla» en todo cuanto fuese posible.

—Bien, estamos en que Pamela aceptó. ¿Qué día fue? ¿Recuerdas la fecha, siquiera sea aproximada?

—Pues yo diría que unas tres semanas…, no mucho más, desde luego. Pamela me dio su dirección y su teléfono. Luego, un par de días más tarde, me llamaron.

—Woodley.

—No, ése me llamó dos días después y yo le di el teléfono de Pamela.

—Sadie, ya sé que no debe ser costumbre tuya, pero necesito el nombre del tipo que llamó a Pamela por primera vez.

—¿Es un caso grave?

—Yo diría que se trata de espionaje industrial. Hay doscientas mil libras en juego.

Sadie despachó de un trago el contenido de su vaso y se puso una mano en el amplío pecho.

—¡Cielos! —dijo—. Si viese todo ese dinero junto, me daría un ataque cardíaco. Neil, el primero que llamé a Pamela fue un tal McPallah.

—Me lo figuraba —sonrió el joven—. Woodley la llamó a los dos días.

—Sí. Precisamente me pidió que fuese ella y no otra.

—¿La conocía? —se asombró Drummond.

Sadie se encogió de hombros.

—Dijo que fuese Pamela —contestó.

Sobrevino un momento de silencio Sadie contemplaba con gran atención a su visitante, quien parecía sumido en graves pensamientos.

—¿Y bien? —dijo, momentos después, en vista de que el joven no despegaba los labios.

—Todo esto resulta un tanto extraño —manifestó Drummond—. Hay aquí algo indudablemente falso y no es solamente lo que hacía Pamela Rittle.

—¿Tú crees?

—Sadie, de una cosa puedes estar segura: no revelaré mis fuentes de información.

—Gracias, Neil. Por cierto, después me han llamado, di el teléfono de Pamela y el… cliente se quejó luego, diciendo que ella no contestaba.

—Pamela ha muerto, Sadie.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—¡Dios mío! No lo puedo creer…

—Todavía hay más. Tengo motivos para sospechar que Pamela había muerto ya cuando tú la viste por primera vez.

—Entonces, contraté a una doble…

—No, era Pamela.

—¡Neil, me vas a volver loca! —Gritó Sadie, a la vez que se cogía la cabeza con ambas manos—. Pamela estaba bien viva cuando yo la vi por primera vez en el
Rood's.

—Había muerto, salió de su tumba, vino a Londres, atendió a esas dos llamadas y se volvió a la tumba.

—Neil, anda, guapo, dame otro trago… —gimió la rubia—. Tú no me quieres bien, tratas de volverme loca. Yo no te he hecho ningún daño, te he ayudado graciosamente…

Drummond se echó a reír.

—Te lo contaré todo, porque sé que eres discreta —dijo—. Cuando Pamela vino de Morgarty…

—¡Morgarty! —Repitió Sadie—. Ahora recuerdo que ella dijo que había estado algún tiempo en esa ciudad.

—Es un pequeño pueblo de Escocia, pero eso no tiene ahora gran importancia, salvo porque Pamela está enterrada allí.

Drummond habló durante unos minutos. Cuando terminó, Sadie se sentía horrorizada.

—Esto parece un cuento de miedo —dijo.

—Los testigos son todos de absoluta confianza, Sadie. Ahora,

figúrate cómo tuvo que sentirse Harry McHutts cuando vio volver a la que ya había enterrado veinte o veinticinco días antes.

—Me lo imagino fácilmente. En su lugar, yo habría acabado fácilmente…, pero ¿cómo salió de su tumba?

Drummond apuró el resto de su vaso.

—Eso es lo que un día u otro tendré que averiguar —contestó.

* * *

Tres días después, Latimer Woodley y Hotson McPallah, muy rígidos, sin mirarse siquiera, se sentaron en sendas sillas, frente a la mesa ocupada por Drummond.

—Caballeros —empezó diciendo el joven—, permítanme solicitar sus disculpas, por haberles citado en mi oficina a ambos y al mismo tiempo, sabiendo que son rivales en el negocio. Pero he creído conveniente hacerlo así.

—Será mejor que se dé prisa —dijo Woodley—. Por cierto, le hice un encargo. ¿Tiene ya redactado su informe? He de presentarlo al consejo de administración.

Drummond sonrió.

—Dudo mucho de que se atreviese usted a presentar mi informe al consejo de administración —manifestó—. En cuanto a usted, señor McPallah, ¿ha vendido bien el documento que le entregó la señorita Rittle, después de haberlo sustraído del portafolios del señor Woodley?

McPallah hizo un ademán colérico.

—No tolero que me insulte…

—Señor mío, ¿le gustaría que su esposa recibiese un informe detallado sobre las entrevistas sostenidas con *miss* Pamela Rittle? Fueron dos, una para hablarle del señor Woodley y otra para recibir los documentos que robó, con pleno consentimiento de su dueño. Puede que la señora McPallah no haga preguntas sobre sus negocios, pero sí le diría muchas cosas y no agradables, precisamente, sí confirmase sus sospechas de su infidelidad conyugal.

McPallah se hundió en su butaca. Impasible, Drummond continuó:

—Todo lo que ha sucedido es, simplemente, una estafa. Los dos han estado de acuerdo para simular un robo de documentos

importantísimos, aunque, bien mirado, el robo se ha producido y una tercera persona se ha hecho cargo de ellos; después de pagarles una elevada suma. En resumen, simulando ser no sólo competidores, sino enemigos personales, han estafado a sus respectivas compañías. Usted, señor Woodley, dejándose robar unos documentos de gran importancia; usted, señor McPallah, pidiendo una gran suma de dinero para conseguirlos, pero, en realidad, vendiéndolos después a un tercero, con lo que ambos han realizado el negocio de su vida. Y todo ello, con la inconsciente ayuda de una muchacha, que ignoraba por completo lo que estaba haciendo.

—Era una zorra…

—Sí, pero, a su modo, era honesta, cosa que no se puede decir de ninguno de los dos. Está bien, caballeros, ya he dicho cuanto tenía que decir. Pueden irse.

Woodley se levantó.

—Usted me pidió un anticipo…

—Le enviaré la minuta con la nota de gastos y un cheque por importe del sobrante —dijo Drummond, imperturbable—. No querría de usted un solo penique que no me hubiese ganado legítimamente. ¡Vamos, fuera de aquí los dos!

Cuando Drummond se hubo quedado solo, Laura Field salió de una habitación contigua. Sentada en el borde de la mesa, alargó la mano hacia una cigarrera y levantó la tapa. Drummond acercó un encendedor a su cigarrillo.

—Has estado duro con ellos, Neil —comentó Laura.

—¿No crees que se lo merecían?

—Sí, pero ¿fueron las cosas tal como las has descrito?

—El error puede estar en los detalles accesorios, pero no en los hechos esenciales.

—Puede que sea cierto. Pero ¿te has parado a preguntarte quién puede ser la tercera persona que se ha beneficiado de la estafa?

Drummond se encogió de hombros.

—Ya no es cuenta mía —respondió—. Woodley me contrató como «tapadera» para justificarse ante su consejo de administración. Su empresa resultaría defraudada en unos cientos de miles de libras y, como por otra parte, no era un asunto demasiado legal, se ven obligados a callar. Woodley lo sabía y, de acuerdo con McPallah, ideó el plan, que les ha salido redondo.

—Neil, ¿quién es el tercer hombre en este asunto?

—No lo sé y no me interesa tampoco. Lo único que quería dejar bien claro era que no me presto a maniobras turbias.

—En lo cual te elogio plenamente —sonrió Laura—. No has mencionado que Pamela está muerta.

—¿Para qué? Es un asunto que no les habría interesado en absoluto… y Pamela, en cierto modo, merece un respeto que ellos no supieron guardarle.

Aquella misma tarde, Woodley y McPallah se entrevistaron con el tercer hombre. Ambos lo conocían por el nombre de Smith.

Smith entregó a cada uno un cheque de diez mil libras. Woodley y McPallah protestaron enérgicamente de lo que consideraban una estafa.

Smith se les rió en sus narices.

—Si creen que les estafo, denúncienme a la policía. O a sus compañías —contestó, burlón.

—Pero ¿a quién diablos ha vendido usted esos documentos? —Bramó Woodley—. Porque no irá a hacernos creer que sólo ha conseguido veinte mil libras…

—Cuatrocientas mil —dijo Smith, impasible—. Y, como comprenderán, no les voy a facilitar el nombre de mi cliente. ¿No les agradaron los «servicios» de *miss* Rittle?

Furiosos, pero también cabizbajos, mintiéndose irremisiblemente derrotados, Woodley y McPallah abandonaron el lugar de la entrevista.

—Me daban ganas de pegarle cuatro tiros… —rezongó el primero.

—Vale más callar —dijo McPallah sensatamente—. A fin de cuentas, hemos podido justificarnos. Peor podría haber salido la cosa, créeme.

Woodley suspiró. Callar, pensó. Sí, era la única salida que les quedaba.

* * *

La chica era muy bonita, fina, distinguida y de figura exquisitamente modelada. Después de un buen rato de observación, Sadie se decidió a abordarla.

—Espera a su novio y la ha dejado plantada —dijo, a la vez que

se sentaba junto a ella.

La chica sonrió.

—No tengo novio —contestó.

—¿Es posible? —Sadie era una magnífica actriz—. Una joven tan hermosa… Seguro que tiene pretendientes a cientos…

—No tengo ningún pretendiente, señorita…

—Llámeme Sadie, preciosa. ¿Cuál es su nombre?

—Martha Cranley, Sadie.

—Martha —repitió la rubia—. Es un nombre bonito y distinguido. Si no tienes pretendientes, tal vez yo te pueda proporcionar alguno. Elegante, de posición… y con el bolsillo fácil.

—¿De veras?

—Lo único que tienes que hacer es darme tu dirección y tu teléfono. Alguien te llamará pronto, créeme.

Martha sonrió. Sadie sacó una agenda y escribió los datos que Martha le facilitaba.

—¿Tomamos una copita para celebrarlo? —sugirió Sadie, momentos después.

—No quiero pasar del té —dijo Martha—. Todavía estoy algo delicada.

Sadie observó la palidez del rostro de la joven.

—Sí, todavía se te nota —convino—. Pero con buena comida y una lámpara de rayos ultravioleta, cambiarías en menos de una semana. La enfermedad no habrá sido grave ni tampoco incurable, supongo.

—Oh, no, ya estoy curada por completo. He tenido un buen médico en Morgarty…

Sadie arqueó las cejas.

—Morgarty —repitió—. El nombre me suena.

Pero en aquellos momentos, no podía recordar dónde lo había oído. Agitó la mano y llamó al camarero. Luego empezó a pensar en el mejor «cliente» para aquella chica tan bonita.

* * *

Trascurrieron dos semanas. Inesperadamente, Drummond recibió la visita de un elegante caballero, de mediana edad, con las sienes plateadas y que daba la sensación de sentirse muy preocupado.

—Soy Frank Sangster —se presentó el visitante—. Tengo un problema muy grave y deseo confiárselo a usted, señor Drummond. He oído hablar de su reputación y…

—Por favor, elogios no, señor Sangster —rió el joven—. Expóngame su problema y veré en qué puedo ayudarlo.

—Me han robado unos documentos importantísimos —declaró Sangster—. No puedo darle, de momento, muchos detalles, pero sí le diré que se trata de una carpeta con varios planos y algunos clichés fotográficos. Todo ello se refiere a una nueva máquina, ideada por uno de nuestros ingenieros, que podría revolucionar el mercado y, como puede comprender fácilmente, producir elevadísimas ganancias.

Drummond miró fijamente a su visitante.

—¿Le han pedido alguna suma por devolverle los documentos? —preguntó.

Sangster meneó la cabeza.

—Eso es lo curioso —respondió—. Los documentos desaparecieron y no sé dónde pueden estar…

—Pero, al menos, sí sabe dónde los tenía en el momento de su desaparición.

Sangster volvió la cabeza un poco.

—Verá, señor Drummond… Bueno, a fin de cuentas, usted es un hombre discreto… Y yo no soy de piedra, ¿comprende?

—¿Casado?

—Eso no interesa ahora —respondió Sangster—. Tuve que quedarme un par de días en un hotel y me sentía muy solo Bien, llamé a un teléfono y me dieron un número…

Drummond hizo varios signos repetidos de comprensión.

—De acuerdo, vino una chica a tomar una copa de champaña con usted. Y en cuanto se marchó, notó la falta de los documentos —dijo.

—Exactamente. ¿Cómo lo ha sabido? —exclamó Sangster, atónito.

—¿Cómo se llamaba la chica?

—Martha Cranley, señor Drummond.

CAPÍTULO VII

—Tengo noticias para ti, preciosa —dijo Drummond, apenas un minuto después de haber colgado el teléfono.

—¿Interesantes? —preguntó Laura.

—Mucho. ¿Recuerdas a Martha Cranley?

—Sí, estaba en Morgarty el día en que fuimos a visitar la propiedad —contestó la joven.

—Bien, ha actuado igual que Pamela. ¿Comprendes?

—¿Robo de documentos?

—Pueden valer un millón.

—¡Cielos!

—Un millón de libras. Cielo sólo hay uno.

—No seas cáustico. Simplemente, expresaba mi asombro… Oye, ¿no te parece que Martha Cranley se ha curado con mucha rapidez?

—Laura, han pasado algunas semanas desde que estuvimos en Morgarty. Oye una cosa: ahora haré una llamada. Arréglate rápido; pasaré a buscarte muy pronto, ¿de acuerdo?

—¿Quieres que vayamos juntos a casa de Martha?

—Sí, exactamente. Hasta luego, guapa.

Drummond bajó la horquilla del teléfono, pero antes de que pudiera marcar un número, sonó el timbre.

—¡Neil! —La voz de Sadie tenía ciertos tonos de ansiedad.

—Hola, Sadie. Precisamente iba a llamarte yo ahora.

—¿Ibas a pedirme que te invite a una copa? Tengo algo muy importante que decirte, Neil.

—Hermosa, apostaría cien libras, diez a uno, a que lo que tienes que decirme está relacionado con Martha Cranley.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Soy adivino, Sadie —rió él—. Bien, habla, te escucho.

—Tienes que dispensarme. Hasta hace un momento, como quien

dice, no había, reparado en un detalle… Hablé con Martha hace tres semanas, quizá cuatro, no recuerdo bien.

—Tendrías que apuntar las fechas en tu agenda, Sadie —le reprochó él.

—A este paso, si, tendré que hacerlo. Bien, cuando hablé con Martha por primera vez, la vi muy pálida. Le pregunté si había estado enferma, dijo que sí, pero que ya estaba curada… y que se había curado en Morgarty. ¿No es ése el pueblo donde murió Pamela?

—Sí, justamente. Oye, tienes que decirme el domicilio de Martha.

—Te lo diré, pero temo que vas a perder el tiempo. Hace dos días di su teléfono a un conocido. Se ha cansado de llamarla y no contesta. Ha debido de marcharse de Londres, Neil.

Drummond frunció el ceño.

—De todos modos, indícame su dirección —pidió.

Sadie accedió. Luego, Drummond le hizo una pregunta:

—¿Facilitaste el teléfono de Martha a un tal Sangster…?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Drummond suspiró.

—Otro robo de documentos —dijo.

* * *

El conserje declaró que *miss* Cranley se había marchado la víspera.

—A Morgarty —dijo Drummond.

—Supongo, Sé que procedía de ese pueblo, pero ella no indicó adónde se iba, cuando pagó el alquiler de su departamento. Es todo cuanto puedo decirle, caballero.

Drummond recompensó a su informador con dos billetes de a libra. Luego, cogiendo el brazo de Laura, salió a la calle.

—Estás muy preocupado —observó ella.

—Sí. —Advirtió Drummond.

—¿Por Sangster y su millón?

—No, por Martha.

Laura se estremeció.

—Por favor…, no pienses cosas horribles… Martha tiene que estar viva…

De pronto, Drummond se pegó una palmada en la frente.

—¡Soy un idiota! —se apostrofó.

—¿Qué has olvidado, Neil? —preguntó Laura.

—Vamos a mi casa. Lo que tengo que hacer será más cómodo que en una cabina pública.

Subieron al coche. Mientras él guiaba por el tráfico londinense, Laura hizo una pregunta:

—Neil, ¿te has parado a pensar que Sadie puede estar complicada en este asunto de robos de documentos industriales de gran valor?

—Sí, lo he pensado más de una vez, y aunque creo que ella es ajena al asunto, no por eso deja de ser sospechosa. A fin de cuentas, en ambos robos han intervenido dos de sus «chicas».

Laura meneó la cabeza.

—No conozco a Martha Cranley, pero sí conocí un poco a Pamela —dijo melancólicamente—. ¿Cómo pudo caer tan bajo?

—¿Sabemos acaso si actuaba de un modo enteramente libre? ¿No podría ocurrir que su voluntad estuviese sometida a una influencia exterior?

—¿Hipnotismo?

—Tal vez, Laura.

Era una posibilidad digna de tenerse en cuenta, pensó la joven.

Minutos más tarde, en su despacho, Drummond hacía una llamada telefónica de larga distancia.

Tardó un poco en establecer el contacto y, al fin, oyó una voz de mujer:

—Soy la señora Hulligan. ¿Quién llama?

—Señora, me llamo Drummond y hablo desde Londres. Por favor, necesito hablar con su esposo. Es muy urgente.

—Está bien, voy a avisarle.

Segundos después, Hulligan dijo:

—¿Señor Drummond?

—Encantado, doctor. Permítame que le haga una pregunta, cuya respuesta estimo de gran interés. Se refiere a una joven llamada Martha Cranley…

—Oh, la señorita Cranley… Pobre chica, murió hace tres semanas —contestó el médico de Morgarty.

Laura había seguido la conversación por medio de un supletorio

y sintió escalofríos al oír la respuesta. Drummond casi no se sorprendióˆ era una contestación poco menos que esperada.

—¿Puedo saber las causas de la muerte, doctor? —preguntó.

—Paro cardíaco.

* * *

El coche rodaba sin prisas al atravesar la calle principal de Morgarty. Una vez fuera de la población, su conductora se desvió por un camino secundario, que acababa en el cementerio.

Era de noche cerrada. Los faros del coche alumbraron la verja de la puerta. Cuando se apagaron, dos siluetas parecieron despegarse del muro.

La conductora se apeó del coche. Caminaba mecánicamente, con los ojos fijos en un punto muy lejano.

—Hola —dijo Martha—. Ya estoy aquí.

—La aguardábamos —contestó Van Hartzen—. Venga con nosotros, por favor.

Ella reanudó la marcha. Van Hartzen le sostenía por un brazo.

Momentos después, se detenían ante una sepultura recién abierta. En el fondo se divisaba un ataúd con la tapa levantada.

—Ya ha llegado, Martha.

En el mismo instante, las rodillas de la joven se doblaron. Van Hartzen y Nichal la sostuvieron en brazos.

Luego la bajaron al ataúd, cerraron la tapa y se apresuraron a cubrirlo con la tierra.

Una hora más tarde, salían del cementerio y cerraban la verja. Nichal se sentó tras el volante del coche.

A lo lejos se divisaban algunas luces, pero eran faroles que alumbraban las calles de Morgarty. En el pueblo dormía todo el mundo.

Nichal hizo arrancar el coche en dirección a Rheely Tower.

—Hoy ha salido bien, profesor —dijo, sonriendo siniestramente.

—Sí, Martha ha vuelto y nadie se ha enterado —contestó Van Hartzen.

—¿Sabe quién será la próxima?

—Todavía no, aunque no tardaremos en tener noticias. De todos modos, la número tres no morirá en Morgarty, Nichal.

—Una excelente precaución, profesor.

De pronto, Van Hartzen se llevó una mano a la frente.

—¿Le pasa algo, profesor? —exclamó Nichal, alarmado.

—No…, no es nada. A veces me siento muy cansado… Pero ya se me ha pasado, no te preocupes, Nichal —aseguró Van Hartzen.

* * *

—Doctor Hulligan, le aseguro a usted que Martha Cranley estaba hace tres días en Londres —dijo Drummond—. Cuento con varios testimonios irrefutables, que apoyan mis palabras sin lugar a dudas.

—Imposible —contestó el médico de Morgarty—. La señorita Cranley murió y fue sepultada hace tres semanas.

—También le pasó lo mismo a Pamela Rittle, ¿verdad? Usted certificó su defunción por paro cardíaco y juró y perjuró que no se trataba de un caso de catalepsia. Sin embargo, Pamela abandonó su tumba, volvió a Londres, estuvo allí como tres semanas y volvió de nuevo al cementerio donde había sido enterrada por primera vez, para que volvieran a sepultarla.

—Yo conocía a Pamela —terció Laura, presente en la conversación—. Puedo jurarle, doctor, que no tuvo nunca otra hermana. El caso de un parecido extraordinario debe quedar descartado.

—Pero… —Hulligan parecía terriblemente desconcertado—. Eso no puede ocurrir; ya no hay magos ni brujas…

—Doctor, usted estuvo presente cuando enterraron a Pamela por segunda vez —dijo Drummond—. Aun suponiendo que alguien se hubiera llevado su cadáver recién sepultado, ¿por qué devolverla de nuevo, viva, como la vio McHutts? ¿Se puede dudar de la palabra de este testigo?

—Bien, admitámoslo. Pero ¿qué es lo que pretenden ahora?

—Hace tres días, insisto en ello, Martha Cranley estaba en Londres, viva. Usted tiene cierta autoridad e influencia en el pueblo. Haga que exhumen el cadáver.

Hulligan remoloneó un poco.

—¿Qué conseguiremos con ello? —preguntó.

—No lo sé. De momento, comprobar si Martha está en su tumba. Luego…, ¿no le parece que una autopsia podría aclararnos muchas cosas?

—En Morgarty carezco de elementos para una autopsia digamos

a fondo.

—Puede enviar el cadáver a Edimburgo, doctor.

—Está bien. No sé si lo haré, pero solicitaré del juez local permiso para exhumar el cuerpo de Martha Cranley —cedió Hulligan finalmente.

El juez local resultó ser conocido de la pareja. Angus desempeñaba el cargo de una manera honorífica, pero poseía la autoridad suficiente para tomar ciertas decisiones. Al igual que la inmensa mayoría de los vecinos, sentía una gran curiosidad por llegar al fondo de los hechos que habían causado no poco asombro entre los habitantes de Morgarty.

Al día siguiente, por la mañana, Hulligan, Bentham, los sepultureros y algunos curiosos, se congregaron en torno a la tumba de Martha Cranley. No había lápida y sí únicamente una sencilla cruz de madera blanca, con el nombre de la difunta y las fechas de nacimiento y de su muerte.

Pero entonces, Drummond observó un detalle que le intrigó sobremanera.

—Aguarden —dijo, cuando McHutts y su compañero se disponían a dar el primer golpe de pico en la tierra.

Drummond se acuclilló, en medio de la expectación general. Pasó la mano por la tierra y hasta rascó un poco con las uñas. Luego se incorporó.

—Alguien ha manipulado recientemente esta tumba —declaró.

Sonaron varias exclamaciones de sorpresa. Drummond, impasible, señaló con la mano hacia la sepultura.

—Insisto en que ha sido manipulada y muy recientemente, además, cosa de un día o dos, como máximo —declaró—. Si Martha Cranley murió hace tres semanas, es un tiempo más que suficiente para que crezcan pequeñas hierbecillas y plantitas silvestres en la tierra. No habrían alcanzado gran altura, por supuesto, pero tendrían que verse y, sin embargo, la tierra aparece muy limpia. Si se ven algunas hierbas, ya están desarraigadas, lo que indica que fueron removidas cuando alguien abrió la tumba de nuevo, tras la muerte de la señorita Cranley.

En medio de un silencio general, Drummond se volvió hacia McHutts.

—¿Me equivoco con respecto a las hierbas, Harry? —preguntó.

El sepulturero asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Todo lo que ha dicho usted es rigurosamente cierto, señor Drummond —confirmó.

Bentham hizo un movimiento con la mano.

—¡Adelante, Harry! —ordenó.

Los sepultureros iniciaron su tarea. Media hora más tarde, el féretro quedaba al descubierto.

McHutts en persona levantó la tapa. Inmediatamente, sonaron varias exclamaciones de horror.

Laura estuvo a punto de desmayarse. Drummond sacó un pañuelo y se cubrió la nariz. El hedor que se desprendía del féretro era realmente insufrible.

Pero, aun así, conservó la suficiente presencia de ánimo para contemplar el cadáver de Marta Cranley. El aspecto que ofrecía la difunta era horripilante, sometido su cuerpo a un indescriptible proceso de putrefacción, la cara hinchada y de un espantoso color negro y perdidas ya por completo las formas de una figura que, en vida, no había tenido que envidiar nada a las de una diosa griega.

—Cierre, cierre, Harry —gritó Bentham, a punto de desmayarse, como más de uno de los presentes.

La tapa del ataúd cayó y la horrible visión desapareció de los ojos de los testigos del acontecimiento.

CAPÍTULO VIII

Sentados en la sala de la posada, Drummond y Laura charlaban en voz baja.

—Parece increíble —decía la muchacha—. No hay duda alguna de que Martha estaba viva hace solamente tres días. Y sin embargo, fue sepultada hace tres semanas. ¿Cómo se comprende eso, Neil?

Drummond tomó un sorbo de *whisky* y sacó cigarrillos.

—Aquí sucede algo muy extraño, algo que está por encima de nuestra comprensión —respondió—. En el caso de Pamela, pienso que alguien simuló su muerte y que luego la hizo salir de la sepultura, para que desempeñara su papel ante McPallah y Woodley y consiguiera los documentos. Luego regresó a Morgarty y la asesinaron…

—No hemos examinado su cadáver, Neil —arguyó Laura…

—Lo sé, y por nada del mundo querría presenciar otro espectáculo semejante. Pero ¿qué objeto tienen estas muertes misteriosas?

—Está bien claro: documentos de mucho valor y enormes sumas de dinero.

—Conseguidas ambas cosas con la valiosa colaboración de unas mujeres jóvenes y seductoras, que son cómplices inconscientes de alguien que ha tramado este diabólico plan para enriquecerse sin peligro.

—Sí, Neil, pero ¿quién?

De pronto, un hombre se acercó a la mesa ocupada por la pareja. Era Jeremy Friars, el posadero.

—Ustedes investigan la muerte de esas dos pobres chicas —dijo.

—En cierto modo, así es —admitió Drummond.

Friars tomó una silla.

—¿Me permiten? —rogó—. Tal vez yo pueda decirles algo muy

interesante.

—Le escuchamos, señor Friars —sonrió Laura.

—Se trata, sobre todo, de la señorita Cranley. Vino a Morgarty para curar su salud, quebrantada al parecer. Pero no fue a que la visitara el doctor Hulligan. Lo sé, porque el matasanos es muy amigo mío.

—Entonces, ¿quién la trataba? —preguntó Drummond.

—El profesor, ese sabio chiflado que vive en Rheely Tower, la propiedad que ahora es de la señorita —respondió Friars.

—Sí, el profesor Van Hartzen tiene alquilada mi propiedad —contestó Laura—. Pero no he visto obstáculo alguno para que siga residiendo allí.

—Señor Friars, ¿cómo sabe usted que el profesor traba a Martha? —preguntó Drummond, recordando, de pronto, la conversación entre Van Hartzen y Martha, que oyeron el día que visitaron por vez primera Rheely Tower.

—Me lo dijo ella misma. Hace bastantes días, yo salí a segar un campo de heno…, tengo algunas tierras, ¿saben? Me encontré a la señorita Cranley paseando por el sendero que conducía a mi propiedad y charlamos unos momentos. Era muy sencilla, muy amable. Me dijo que se sentía mucho mejor desde su llegada a Morgarty, y todo ello, gracias al profesor, además del clima.

—De modo que Van Hartzen trataba a la señorita Cranley…

—Sí, señor, no hay ninguna duda. Cuando lo comenté con mi amigo, el doctor, se puso furioso, pero ¿qué podía hacer? A fin de cuentas, Van Hartzen tiene también título de médico.

—Martha se sentía muy bien de salud, pero, sin embargo, murió de un ataque cardíaco —dijo Drummond.

—Se acostó una noche y ya no se despertó —afirmó Friars.

Drummond se acarició la mandíbula.

—¿Se alojaba Martha en la posada?

—Oh, no, sólo la primera noche. Ella había alquilado la casa de Edith McLeigh. La señora McLeigh ya no vive en ella desde la muerte de su esposo y reside con una hija casada. Así, al tener la casa en alquiler, puede ganarse algún dinero.

—Es comprensible —sonrió Laura.

—Pamela Rittle también se hospedaba en la misma casa. Y a veces iba a visitar al profesor.

Friars se puso en pie.

—Espero que les sirva de algo lo que les he dicho. Buenas noches —se despidió.

Drummond y Laura cambiaron una mirada al quedarse solos.

—Unos informes muy interesantes —dijo él.

—Sí, Neil, me parece que resultaría muy conveniente hablar con el profesor Van Hartzen, Sospecho que tiene algo que ver con estas muertes tan misteriosas.

Drummond alzó la mano derecha.

—Antes de hablar con el inquilino de Rheely Tower, nos procuraremos informes sobre él —dijo—. Pero no pondré obstáculo alguno a que hables con la señora McLeigh, si te parece bien.

—Lo haré mañana, sin falta.

Al día siguiente, Laura fue en busca de Edith McLeigh. Conversó con ella casi una hora y luego regresó a la posada.

Drummond había salido. Laura se vio obligada a esperarle hasta su llegada, cosa que sucedió ya bien entrada la tarde, cuando ella empezaba a dejar volar su fantasía, imaginando cosas horribles.

El Joven regresó algo sucio y cansado, pero satisfecho. Laura observó que llevaba en bandolera una bolsa de prismáticos.

—¿A quién has estado espiando? —preguntó.

—He recorrido tu propiedad —contestó él—. Te aconsejo que vendas en cuanto puedas.

—Yo no te hablaba de Rheely Tower.

Drummond hizo que Friars les sirviera sendos *whiskys*. Luego del primer trago, dijo:

—A decir verdad, he estado espiando al profesor. Y a su enigmático criado, todo hay que decirlo.

—¿Has conseguido algo?

—No sabría darte una respuesta concreta. Dime primero qué has averiguado tú.

—He hablado bastante con la señora McLeigh. Tanto Pamela como Martha, residieron en la casa que ella posee a la salida del pueblo. Hacían una vida muy normal, muy pacífica, reposo, paseos, comida sana, sin complicaciones… y tomaban algunos medicamentos suministrados por Van Hartzen.

—¿Eso es todo?

—Ella, Edith McLeigh, hacía las faenas más pesadas de la casa.

Iba por la mañana, allá a las nueve, ya con las provisiones, si había sido necesario comprarlas, trabajaba, limpiaba, cocinaba… Pamela y Martha, por razón del tratamiento, solían levantarse tarde. Las comidas eran normales, sin complicaciones y con preponderancia de vegetales: verduras y frutas, aunque no legumbres. Muy poca mantequilla y poca carne y nada de alcohol ni café, ni otros excitantes…

—En resumen, casi un régimen de convalecencia —sonrió Drummond.

—Más algunos medicamentos preparados, al parecer, por el propio doctor Van Hartzen —añadió Laura.

—Tendríamos que averiguar más cosas de ese individuo —dijo él pensativamente—. Lo que he podido ver con los prismáticos no es demasiado y, por otra parte, ya nos enseñó la casa hace días y no nos ocultó nada. El laboratorio me pareció corriente…, claro que también se pueden preparar allí sabe Dios qué especie de drogas, aunque eso es algo que igualmente puede hacerse en mil sitios. ¿Sabe Edith para qué servían las medicinas que tomaban Pamela y Martha?

—Reconstituyentes, creo —respondió Laura.

—Si tuviéramos algún frasco de esa medicina, podríamos hacer que la analizasen…

Laura meneó la cabeza.

—Quedaba uno y se lo tomó la propia Edith —manifestó—. Ella misma me lo ha dicho; lo concluyó hace un par de días, Y dice que se ha sentido mucho mejor con ese reconstituyente, más ágil, más vivaz…

De repente, Drummond vio pasar a un hombre casi a la carrera por delante de la puerta de la posada.

—¿Adónde irá el doctor Hulligan? —exclamó.

—Tal vez Morgarty está a punto de aumentar el censo —rió Laura—. Son una especie de llegadas de mucha urgencia.

—Desde luego —convino Drummond—. Laura, estoy pensando en una cosa.

—Sí, dime.

—Hemos de hacer averiguaciones sobre Van Hartzen. Tenemos que saber de dónde ha salido este tipo, ¿comprendes?

Ella asintió. De súbito, un hombre se asomó a la puerta de la

posada.

—¡Jeremy, Edith McLeigh acaba de morir de un ataque al corazón! —anunció dramáticamente.

* * *

La difunta reposaba sobre el féretro, con las manos cruzadas sobre el pecho. Estaba en una habitación no demasiado grande, iluminada por dos cirios situados a ambos lados del ataúd. La puerta se hallaba abierta, lo que permitía la comunicación con una sala contigua, en la cual se hallaban algunas mujeres y un par de hombres, acompañando a la hija de Edith y a su esposo. De vez en cuando, se oían hondos suspiros y algún sollozo El yerno de la difunta solía pasar con frecuencia delante de sus huéspedes con una botella de ginebra en las manos.

A veces se oían comentarios sobre la bondad de la difunta y lo lastimoso que resultaba que hubiera abandonado la vida a una edad todavía tan temprana. Pero el corazón, a veces, jugaba esas malas pasadas, decían otros.

Un par de mujeres, fatigadas, se reclinaron en sus asientos y empezaron a dar cabezadas. Uno de los hombres cargó su pipa. El esposo de la hija de Edith encendió su enésimo cigarrillo.

Martin
O'Connor
empezaba ya a echar sus cuentecitas. Ciertamente, había apreciado mucho a Edith. Había sido una suegra encantadora, de la clase de mujeres que no pueden estar quietas un solo momento y que, prácticamente, hacen todo el trabajo de la casa Pero ya que había muerto, le parecía lógico empezar a pensar en la casa que, hasta entonces, había estado destinada a ser alquilada. A Martin le parecía lógico empezar a pensar en la venta de la propiedad, mucho más rentable, estimaba, que alquilarla un par de veces al año y sólo para unas pocas semanas. Hablaría con su mujer cuando hubiesen pasado algunos días.

De repente, Edith McLeigh abrió los ojos.

Durante unos momentos, permaneció quieta. Trataba de centrar sus pensamientos. ¿Qué hacía ella en una habitación que olía a cera? Alguien sollozaba en aquellos momentos. ¿Por qué?

Movió las manos. Luego, de pronto, sintió necesidad de

levantarse y se sentó en el ataúd. Entonces se dio cuenta de que no estaba en su cama.

Alguien miró a la habitación y vio a la difunta sentada, con los ojos muy abiertos. Un horroroso chillido resonó de inmediato:

—¡Está viva! ¡Ha resucitado!

Seis o siete pares de ojos se clavaron en la figura vestida de negro que estaba sentada en el féretro. Edith también gritó:

—¿Qué broma es ésta? ¿Por qué me habéis traído aquí?

De súbito, se produjo la estampida.

Los hombres y las mujeres, aterrados, escaparon, gritando a pleno pulmón. La hija de Edith, igualmente espantada, huyó. Su esposo, tras unos segundos de vacilación, lanzó una mirada hacia la suegra que acababa de revivir, pero echó a correr, no por miedo, sino por alcanzar a su mujer y ver de tranquilizarla. El doctor Hulligan había fallado en algo, pensó Martin.

El alboroto que se produjo fue monumental. En Morgarty reinaba un silencio absoluto, roto bruscamente por los gritos y chillidos de los asistentes al velatorio. Drummond estaba en la cama, leyendo, y se levantó de un salto.

Abrió la ventana. Casi debajo de él, una mujer corría, gritando enloquecidamente:

—¡Edith ha resucitado! ¡Edith está viva!

Drummond reaccionó con rapidez y empezó a vestirse, sin quitarse siquiera el pijama. Metió los pies descalzos en unos zapatos, se puso la chaqueta y corrió hacia la puerta.

Cuando se asomó al pasillo, vio a Laura, en bata, asomada a la puerta de su dormitorio.

—¡Neil! ¿Qué sucede? ¿Por qué son esos gritos?

—Edith está viva —contestó él, mientras se precipitaba hacia la escalera.

Laura lanzó una exclamación de sorpresa. Luego, sin cuidarse de su atuendo, echó a correr tras el joven.

En la calle había un alboroto mayúsculo. Friars, el posadero, también se había levantado. Cuando salió fuera de la posada, Drummond divisó a unos cien pasos de distancia las luces de una casa, con la puerta abierta de par en par.

Corrió hacia allí. Laura le seguía a corta distancia. En la puerta se habían agolpado algunos curiosos, temerosos, sin atreverse a

entrar.

Uno de los asistentes al velatorio explicaba entrecortadamente lo ocurrido.

—Estábamos tranquilos. Ella se sentó de pronto en el ataúd y preguntó si se trataba de una broma y que por qué la habían puesto allí…

Drummond apartó a los curiosos y entró en la casa. Martin O'Connor, algo más repuesto, le siguió de cerca, lo mismo que Laura.

Instantes después, llegaban a la habitación donde se hallaba el féretro, que no estaba vacío, como habían supuesto.

Laura lanzó un agudo grito. Edith estaba de nuevo en el ataúd.

Pero ahora tenía un puñal clavado en el pecho.

Esta vez, no cabía duda, el corazón de Edith McLeigh se había parado definitivamente.

Se oyó una especie de gemido. Luego, el golpe de un cuerpo al chocar contra el suelo.

Drummond se volvió. Martín O'Connor, incapaz de resistir la tensión del momento, se había desmayado.

Capítulo IX

Drummond y Laura guardaban silencio durante el viaje de regreso a Londres. Los acontecimientos de los últimos días les habían impresionado profundamente.

De pronto, ella exclamó:

—Hay algo que no acabo de entender, Neil.

—Tú dirás —contestó él, sin quitar la vista del camino.

—Pamela y Martha. Según parece, Pamela fue hallada muerta, la segunda vez, junto a su tumba, pero en perfecto estado de conservación. En cambio, cuando encontramos a Martha, su cuerpo ofrecía el aspecto que es de esperar en una persona que ya lleva tres semanas muerta. Y había sido vista viva tres días antes. ¿Por qué, Neil?

Drummond sacudió la cabeza.

—En todo esto, presumo, hay algo que no podemos comprender, al menos por el momento, Pero una cosa sí creo segura: el profesor Van Hartzen tiene mucho que ver con lo ocurrido. Lo difícil, no es ya demostrarlo, sino conocer exactamente su relación con todas estas muertes.

—Y los motivos, Neil.

—¿Cómo?

—Está claro. ¿Por qué han tenido que morir Pamela y Martha?

—Bueno, se sabe que sustrajeron unos documentos de importancia…

—Sí, pero, a mi entender, aun siendo un motivo primordial, no es el único. Hay algo más en el fondo de todo este asunto…

Laura hizo una corta pausa. De pronto, añadió:

—Neil, aquí hay una cosa segura; Pamela y Martha tomaron unas medicinas preparadas por Van Hartzen y murieron, resucitaron y volvieron a morir. Pero Edith también tomó esa medicina, según

me confesó ella misma, Y la apuñalaron. ¿Te das cuenta de la diferencia?

—Es cierto —convino Drummond—. No me explico por qué Edith tuvo que ser apuñalada. ¿Se te ocurre a ti alguna idea?

—Ya lo he dicho: las medicinas.

—A ver, explícate.

—Es muy sencillo. Edith tenía que resucitar y, tarde o temprano, habría declarado que había tomado el reconstituyente preparado por Van Hartzen para Martha, Por tanto, convenía que no lo declarase…, pero ya había hablado conmigo, ¿comprendes?

—Si fue Van Hartzen…

—O Nichal, su criado, tanto da.

—Bueno, cualquiera de los dos. Ninguno sabía que tú ya conocías el detalle del medicamento. Y por eso, Van Hartzen o Nichal, sabiendo que Edith volvería a la vida, la apuñalaron, a fin de que no mencionase el reconstituyente.

—Eso fue un olvido imperdonable. Debieran haber hecho desaparecer las medicinas apenas murió Martha la primera vez.

—Sucede una cosa, Laura, y es que cuando muere una persona, las personas que la atienden suelen tirar a la basura los medicamentos que no han sido utilizados o sólo se han consumido en parte. A los vivos ya no les hacen falta.

—Por tanto, Van Hartzen creyó que Edith tiró los frascos a la basura, cuando lo cierto es que se reservó el que contenía el supuesto reconstituyente, que usó ella, porque había oído a Martha que le sentaba tan bien. A Edith le sentó igualmente muy bien, según me dijo.

—Pero luego la mató.

—Lo que la mató de veras fue el cuchillo que le clavaron en el pecho. Y la primera muerte, diga lo que diga Hulligan, no fue sino un estado cataléptico.

Drummond asintió. Eran unos razonamientos llenos de lógica.

—Pero lo difícil es demostrarlo —dijo.

—No tanto —contestó ella.

—¿Qué quieres decir?

Laura reclinó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Tanto Pamela como Martha fueron recomendadas a Van Hartzen por un médico llamado Ulhson. Estoy pensando en visitar a

Ulhson, aunque con otro nombre, por supuesto.

—¡No, diablos! —barbotó él.

—Querido, si hemos de llegar al fondo del asunto, no tenemos otra solución.

—Te lo prohíbo, Laura.

—¿Tú? —se burló ella—. ¿Qué autoridad tienes sobre mí?

Drummond se mordió los labios.

—Es una locura —gruñó.

—Hay que actuar locamente si queremos resultados o resignarnos a dejar que todo siga igual y que un día algún potentado llame a Sadie, ésta le dé un número de teléfono… y una muerta-viva le robe unos documentos de importancia.

—Eso es verdad —murmuró él—. Pero yo tengo la idea de buscar todos los antecedentes posibles de Van Hartzen.

—¿Cómo, Neil?

Drummond se encogió de hombros.

—No nació en la Gran Bretaña, de modo que, en donde le concedieron el pasaporte británico conocerán su origen. Empezaré por allí —decidió.

* * *

Sangster le llamó dos días más tarde.

—Me han pedido trescientas mil libras por la devolución de los documentos —anunció.

Drummond torció el gesto.

—Lo siento mucho —dijo.

—¿Cómo?

—Es lamentable, pero tendrá que pagar. Lo único que puede hacer es esperar y un día recobrará su dinero, no puedo decirle más.

—Usted me ha defraudado, Drummond —dijo Sangster hiriente.

—Repito que lo siento. ¿Cómo ha entrado en contacto con el actual dueño de los documentos?

—Me envió una carta con instrucciones. La entrevista deberá celebrarse a solas. Si aparece alguien, quemará los documentos.

—Entonces, pague.

Sangster soltó un bufido. Drummond se sentía terriblemente enojado consigo mismo. Pero perder trescientas mil libras, se dijo, era menos que perder la vida, como ya había sucedido con tres

mujeres.

—No hablaré bien, cuando me pidan informes acerca de usted —dijo Sangster, colérico.

Drummond estuvo a punto de decirle que un día podría contarle la verdad, pero calló. No tenía sentido explicarle algo que, para un ajeno, resultaría una fantasía macabra.

—Lo encontraré completamente justificado —se despidió.

Sentíase amargado. Para distraerse un poco, fue a ver a Sadie.

La rubia le recibió con la efusión de siempre.

—¿Y Frodo? —preguntó él.

—No te preocupes de ese mulo. Hemos cortado todas las relaciones.

—Sabe muchas cosas de ti, Sadie.

Ella se echó a reír.

—Callará, le conviene, te lo aseguro —repuso.

Drummond se encogió de hombros.

—Como digas —contestó—. Sadie, tú hablaste con Pamela y Martha. ¿Alguna de las dos mencionó a un tal doctor Ulhson?

La rubia entrecerró los ojos.

—Me parece que sí, aunque no estoy segura… Tengo una memoria fatal para los nombres; ya sabes, ni siquiera cuando Martha me dijo la primera vez que había estado en Morgarty recordé que Pamela había dicho algo parecido.

—Procura esforzarte en recordar. Es muy importante.

—Lo intentaré —sonrió ella—. Iré preguntando a mis chicas si alguna de ellas se ha tratado alguna vez con Ulhson.

Dos días más tarde, Drummond supo que Van Hartzen era originario de una pequeña población holandesa llamada Veere. Tendría que pasar el canal, se dijo, aunque, mientras llegaba el momento, hizo otras indagaciones, que dieron un resultado completamente inesperado.

Un detective privado de Amsterdam hizo pesquisas por su cuenta. La respuesta resultó sorprendente:

El doctor Ludovicus Van Hartzen falleció el día 17 de octubre de 1968 y fue enterrado en el cementerio de su ciudad natal, Veere, dos días más tarde.

Drummond meditó largamente tras la lectura del telegrama. Al fin tomó la única decisión posible en tales circunstancias.

De pronto, sonó el teléfono.

Era Sadie.

—Lo siento, Neil, tengo malas noticias para ti —dijo.

—¿Por qué no hablas ya, guapa?

—Ninguna de mis chicas conoce ni ha tenido relación jamás con el doctor Ulhson.

Drummond colgó el teléfono. Que Ulhson tenía alguna relación con Van Hartzen parecía fuera de toda duda Lo que importaba ahora era establecer con toda exactitud el grado de tal relación.

Pero antes tenía que hacer otra cosa.

Llamó a Laura.

—Me voy a Holanda —dijo.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, Laura.

—Pero… no entiendo. ¿Qué se te ha perdido allí, Neil?

—Tú has visto y has hablado con Van Hartzen, ¿no es así?

—Hombre, lo mismo que tú.

—Laura, ¿hemos visto y hablado a un muerto-vivo?

Ella lanzó un pequeño gritito.

—¿Te has vuelto loco, Neil?

—Nada de eso. Tengo informes fidedignos que aseguran que Van Hartzen murió hace siete años.

—¡Increíble! ¿No se tratará de otro?

—Eso es lo que voy a tratar de averiguar. Te llamaré apenas haya vuelto de Holanda.

—No dejes de hacerlo. Estaré impaciente durante tu ausencia.

—¿Mucho, Laura?

Ella soltó una risita.

—Suerte, Neil —cortó el diálogo.

* * *

Tres días más tarde, Laura chocó contra un individuo que casi la derribó al suelo. El hombre, un tipo elegante y bien vestido, se disculpó cortésmente con ella y se apostrofó crudamente a sí mismo por no haber visto a una muchacha tan encantadora.

Laura aceptó las disculpas con una sonrisa, frotándose la muñeca izquierda con la mano derecha, ya que había tenido necesidad de apoyarse en la pared para no caer al suelo. El hombre dijo:

—Permítame, señorita. Soy médico… Mi nombre es John Ulhson…

Laura parpadeó, procurando dominar la emoción del momento.

—Mu…, mucho gusto, doctor Ulhson…

—Mi consultorio está relativamente cerca de aquí, señorita —manifestó el galeno—. Para mí sería un honor curarle esa pequeña lesión, originada por mi culpa.

—Pero si no es nada, doctor.

—Venga, venga, se lo ruego, señorita… No he oído su nombre.

—Jenny Parker —mintió Laura con todo desparpajo.

—Está bien, señorita Parker. —Ulhson soltó una risita—. La verdad es que tendría que ir a un oculista, para que me recete unas gafas…

Minutos más tarde, Laura estaba en el consultorio del galeno. Ulhson le vendó la muñeca y le recetó además unas tabletas que, aseguró, le quitarían el dolor con toda rapidez.

Además, se negó a cobrarle un solo penique por la visita. Laura encontró a Ulhson amable y cortés, pero también vio en él algo que no acababa de gustarle, un punto de falsedad que la puso en guardia inmediata, mente.

Transcurrieron algunos días. De pronto, Laura recibió una llamada telefónica:

—Soy el doctor Ulhson. ¿Cómo está, señorita?

—Muy bien, doctor, muy mejorada…

—¿Ha tomado las pastillas que le receté, tal como indiqué?

Laura meditó rápidamente.

—Sí, doctor —mintió.

—¡Entonces, venga a mi casa inmediatamente!

La joven captó en la voz de Ulhson una nota dominante, terriblemente imperativa. Ulhson, dedujo, estaba seguro de que ella obedecería la orden sin discusión.

—Sí, doctor —contestó inexpresivamente.

Una hora más tarde, Ulhson tenía a Laura frente a sí.

—Usted está gravemente enferma, pero yo puedo curarla —dijo, mirándola con ojos llameantes—. Confía en mí, ¿verdad?

—Sí, doctor.

Ulhson le entregó una cajita.

—Tomará una pastilla diaria, después del desayuno, hasta nueva

orden —dispuso—. Venga a verme dentro de una semana.

—Sí, doctor.

Laura abandonó el consultorio. En modo alguno pensaba tomar aquellas tabletas que, estaba segura, contenían alguna droga hipnótica.

Una semana después, muy preocupada porque aún no había tenido noticias de Drummond, acudió de nuevo al consultorio de Ulhson Deliberadamente, había guardado una dieta a base de vegetales, que habían borrado buena parte del color natural de su cara.

—La enfermedad avanza, pero yo sé quién la curará —aseguró Ulhson.

—¿Usted cree, doctor? —preguntó ella, fingiendo ansiedad.

Ulhson sonrió bondadosamente.

—¡Valor! —dijo—. Por fortuna, hemos llegado a tiempo. Pero yo la enviaré a un amigo que posee el remedio absoluto para su mal.

—Oh, doctor, cómo le agradeceré…

—No tiene que agradecerme nada, señorita Parker. Mi deber es procurar sanar a los enfermos. Es la sagrada obligación de todo médico.

—No sé qué decirle… Realmente, me siento tan con, fundida…

Ulhson escribió algo en una cuartilla, que entregó a continuación a su supuesta paciente.

—Irá a Morgarty, luego le indicaré la ruta mejor, y verá al profesor Van Hartzen. Entréguele mi nota. Él se ocupará del resto.

—Sí, doctor.

Ulhson sacó un mapa de carreteras y señaló la ruta a Laura. Ella asentía con movimientos de cabeza, que procuraba fueran un tanto maquinales.

Al terminar, Ulhson se puso en pie.

—Eso es todo, señorita Parker —dijo—. Por favor, venga a verme apenas haya terminado su tratamiento en Morgarty.

—Se lo prometo, doctor.

Laura abandonó el despacho y se volvió desde la puerta, para dirigir una sonrisa a Ulhson, quien correspondió con un amable saludo. Laura cerró a continuación y cruzó la sala de espera, desierta en aquellos momentos.

Abrió la puerta de entrada al piso y cerró con ruido, pero no

salió. Se descalzó rápidamente y corrió a situarse junto a la entrada del despacho.

Ulhson manejaba el teléfono en aquel momento. Laura aguardó, con los nervios en tensión. De pronto, oyó la voz del médico:

—¿Eres tú, Lud? Escucha, muy pronto irá a verte una paciente. Se llama Laura Field, aunque se hace pasar por Jenny Parker. O se hacía pasar el primer día que la vi, mejor dicho. Yo he seguido llamándola así y ella no ha protestado… ¿Que por qué…? Hombre, claro, no podría… No te preocupes, irá y seguirá haciéndose llamar Jenny Parker. En estos momentos, incluso ha olvidado su nombre auténtico… Seguro, hombre, seguro… Bueno, llámame en cuanto la veas y no te olvides de tratarla como Jenny Parker. ¿Está claro?

Hubo una pausa de silencio. Laura dedujo que Ulhson estaba escuchando lo que le decía su interlocutor. De pronto, sonó la voz del galeno:

—Envíala aquí, en cuanto haya terminado el tratamiento. Creo que tenías razón al sospechar de ella; quiere meter la nariz donde no debe… No, de su acompañante no sé nada… Le he hecho algunas preguntas al respecto y no ha sabido decirme su paradero… Bien, hasta la vista, Lud.

«Lud, abreviatura de Ludovicus», pensó la muchacha, al recordar el nombre de Van Hartzen.

De repente, se le ocurrió la idea de llegar a Morgarty bajo un aspecto totalmente distinto al suyo.

Seguiría usando el nombre de Jenny Parker, pero su rostro no tendría el menor parecido con el de Laura Field.

Aquella noche, mientras estudiaba ante el espejo su nueva apariencia, se preguntó por qué diablos había entrado a tomar parte en aquel macabro juego en el que, a poca mala suerte que tuviese, podía acabar en una sepultura. «Como Pamela y como Martha… y también como la señora McLeigh», pensó, sin poder evitar un escalofrío.

CAPÍTULO X

El forense de Veere había provisto a todos los presentes de máscaras antisépticas. Mientras los sepultureros trabajaban, Neil Drummond recordaba las gestiones que había debido realizar, largas y tediosas, hasta conseguir el permiso de apertura de la tumba del profesor Ludovicus Van Hartzen.

Su amigo. Jan Van Riijn, le había ayudado considerablemente, apenas le puso en antecedentes del asunto. A veces, Drummond había realizado gestiones amistosas entre ambos. A Van Riijn le había parecido la historia muy fantástica, pero acabó por creer cuanto le decía su amigo.

Sin embargo, las declaraciones de los testigos eran concluyentes: Van Hartzen había sido sepultado en el pequeño cementerio de su ciudad natal. Ahora era llegado el momento de comprobar o desechar las teorías de Drummond.

La lápida fue apartada a un lado. Debajo apareció el féretro, con la madera medio podrida y los herrajes cubiertos de orín. Un sepulturero descendió a la fosa y dio unos martillazos en la cerradura. Luego levantó la tapa.

Se oyó un unánime grito de asombro.

—¡Está vacío! —dijeron casi todos los presentes, al mismo tiempo.

Drummond alargó el cuello. En el interior del ataúd, después de siete años, tendrían que quedar restos del cadáver de Van Hartzen. El acolchado interior estaba podrido, pero se veía claramente que el cuerpo que había estado allí, faltaba desde el primer momento.

—¡Cierre el ataúd! —ordenó alguien.

El médico y un policía hablaron con Van Riijn durante unos minutos. Al cabo, el detective holandés regresó junto a su colega británico.

—Será mejor que no insistas demasiado en el asunto —aconsejó Van Riijn.

—¿Por qué, Jan?

—Verás, hace algunos años, se descubrió que uno de los sepultureros vendía cadáveres a las Facultades, para estudios anatómicos. Hubo un gran escándalo, fue procesado, encarcelado…, en fin, imagínate, Neil.

—Sí, desde luego.

—Las autoridades de Veere sospechan que el cadáver de Van Hartzen fue vendido igualmente. Lo que sucede es que entonces no se preocuparon de comprobar si seguía o no en la tumba.

—Es extraño, ¿no? —dijo Drummond.

—Hasta cierto punto, Neil.

—No entiendo.

—Se descubrió un caso de venta del cadáver, porque, casualmente, uno de los estudiantes que debía hacer prácticas de anatomía, conocía al difunto y habló con la familia. Algunos familiares de otros muertos se preocuparon de reclamar. En cambio, nadie se preocupó de Van Hartzen.

—Carecía de familia —adivinó Drummond.

—Exactamente. Lo siento, Neil —dijo Van Riijn—. Personalmente, creo en tu historia, pero es preciso tener en cuenta que lo que las autoridades relatan también es verídico. Oficialmente, Van Hartzen fue enterrado aquí… y alguien vendió su cadáver un día o dos después del entierro, antes de que se hubiese iniciado el proceso de putrefacción.

Drummond asintió.

—En tal caso, daremos por bueno el informe de las autoridades —contestó—. Pero, si fuese posible, me gustaría hablar con el sepulturero que vendía cadáveres. ¿Está aún en la cárcel?

—Aguarda un momento.

Van Riijn volvió junto al médico y el jefe de policía. Habló con ellos brevemente y regresó de nuevo.

—La condena no fue muy grave y, además, quedó rebajada por buena conducta —dijo—. En total, cumplió escasamente un año. Al salir de la cárcel, desapareció y no se ha vuelto a saber de él.

—Extraño, ¿no?

—A mí me parece de lo más natural. En Veere no le quería

nadie. Ya no tenía demasiadas simpatías antes. Era bastante pagado de sí mismo, arrogante, vanidoso… más de un hombre casado tuvo que pararle los pies, para cortar excesivas atenciones a su esposa, ¿comprendes?

—Eso parece indicar que era un hombre relativamente joven —sonrió Drummond.

—Unos cuarenta años. La realidad es que nadie comprendía cómo un hombre de su edad desempeñaba un oficio tan humilde, sobre todo, teniendo en cuenta que poseía una notable cultura. Claro que también ganaba dinero con otras profesiones: fontanero, electricista…

—Vamos, hacía de todo.

—Sí, en cierto modo. Lo más curioso es que no era de Veere, sino que había venido a vivir hacía algunos años. Nadie sabía detalles de su vida anterior, pero, claro, la gente no se preocupaba tampoco de algunas cosas, hasta que surgen los problemas. Como fuera, Jan Ulhson desapareció y no se ha vuelto a saber más de él.

Drummond se puso rígido. Van Riijn arqueó las cejas.

—¿Qué te ocurre, Neil? —preguntó.

—Has dicho Ulhson —exclamó el británico.

—Sí, justamente. Se llamaba como yo, Jan. ¿Acaso le conoces?

Drummond sonrió sibilinamente, a la vez que ponía una mano en el hombro de su amigo.

—Jan, voy a pedirte un inmenso favor. No lo repitas a nadie, pero yo conozco el paradero del ex enterrador de Veere —dijo.

* * *

Neil Drummond llegó a Londres y lo primero que hizo fue llamar a Laura. Pero el teléfono de la joven permaneció silencioso.

Intrigado, fue a su casa. El conserje le entregó una carta.

—La señorita Field sabía que usted vendría —dijo.

Drummond rasgó el sobre y sacó una cuartilla escrita:

No te preocupes por mí. He ido a Morgarty a que me «cure» el profesor Van Hartzen. Ahora me llamo Jenny Parker. Cariños, L. F.

Drummond estrujó la carta, sumamente preocupado. A su juicio, Laura había cometido una terrible imprudencia.

Debía hacer algo para evitar que sufriese el menor daño. Aunque no conocía exactamente el procedimiento, tenía muy presentes los

ejemplos de dos supuestas enfermas, que habían muerto, resucitado y vuelto luego a su tumba. Los pelos se le pusieron de punta al pensar que Laura podía correr la misma suerte.

Regresó a su casa, dispuesto a viajar a Morgarty sin pérdida de tiempo. Cuando entraba, sonó el teléfono.

Era Laura.

—¿Qué haces ahí, loca? —gritó.

Ella se echó a reír.

—No temas por mí —dijo—. He visto a Van Hartzen y ambos hemos fingido no reconocernos. Van Hartzen me ha recetado una medicina, pero no pienso tomarla, por supuesto. Cada día, tiraré un par de cucharadas al sumidero.

—Aparta una muestra para analizarla —gruñó él.

—De acuerdo, pero, repito, no debes temer por mí. ¿Qué has averiguado en Holanda?

—Van Hartzen no murió. Su tumba estaba vacía.

—¡Asombroso! —Exclamó la muchacha—. Aunque bien mirado, lo encuentro lógico.

—En cambio, yo encuentro muy mal que hayas cometido esa insensatez…

—Debemos seguir hasta el final, ¿no? Van Hartzen sabe que yo trato de descubrirle y yo sé que es el culpable de lo ocurrido. Pero hay que averiguar cómo lo hizo y por qué lo hizo.

—Está bien. Iré a Morgarty…

—¡No! —Prohibió ella—. Podrías echarlo todo a perder. Déjame a mí, te lo suplico…

—Pero, no entiendo… ¿Cómo puede fingir Van Hartzen no reconocerte?

—Bueno, Ulhson le avisó que yo iría bajo el nombre de Jenny Parker y creía que estaba hipnotizada, ¿comprendes? Por tanto, él sabe que Jenny Parker es Laura Field, pero tiene que obedecerle, porque está bajo hipnosis. Y aunque sabe que yo conozco su identidad, no puedo hacer nada, ya que he de obedecer, no sólo sus órdenes, sino las de Ulhson.

—Un lío monumental —gruñó Drummond.

Laura exhaló una alegre carcajada.

—Pero que se aclarará muy pronto —aseguró, un segundo antes de colgar el teléfono.

Drummond colgó también. A pesar de lo que ella había dicho, continuaban sus preocupaciones. Seguía estimando que Laura había cometido una imprudencia.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Se quedó atónito al reconocer a McPallah.

—¿Puedo pasar? —preguntó el financiero.

Drummond se echó a un lado.

—Claro —sonrió.

Ofreció de beber al visitante, pero McPallah rechazó la bebida.

—Tengo que decirle algo —manifestó—. Me ha costado mucho, pero, al fin, he pensado que era lo mejor.

—Bien, hable, le escucho.

—Es… relativo a aquel asunto… Usted tenía razón. Woodley y yo acordamos la trampa, pero había un tercer hombre.

—¿Por qué?

—Necesitábamos que la cosa pareciese legítima. Tenía que haber un ladrón, ¿comprende?

—Si no recuerdo mal, fue una ladrona…

—Pero ella tenía que estar de acuerdo con él. Smith…

—¿Se llamaba Smith?

—Sí, al menos, fue el nombre que dio. Bueno, él dijo que enviaría a una chica al hotel, que dejaríamos que ella se llevase los documentos… y luego repartiríamos el dinero.

—¿Cómo sabía él que iría una chica al hotel?

—Simplemente, nos dijo que ya facilitaría un número de teléfono. Llamamos sucesivamente y vino Pamela Rittle, la ladrona.

—Ese número de teléfono, ¿no es el de una tal Sadie?

—Sí —admitió McPallah, muy abatido—. Ella fue la que nos dio el teléfono de Pamela.

—Bien, pero ¿qué pasó después?

—Smith nos entregó diez mil libras a cada uno. Se burló de nosotros cuando protestamos. Pero ¿qué podíamos hacer?

—En resumen, Smith les timó.

—Sí, señor Drummond.

—¿Sabe usted dónde vive?

—No, ni siquiera su número de teléfono. Él nos buscó hace tiempo y empezó a hacernos proposiciones.

Drummond asintió. Indudablemente, el supuesto Smith se había

informado bien antes de iniciar su actuación.

—Al menos, podré describirlo —dijo.

—Oh, sí, por supuesto.

McPallah se marchó minutos después. Drummond reflexionó durante unos minutos. Luego salió, para dirigirse al
Rood's
en donde sabía encontraría a Sadie.

La rubia estaba allí y agitó una mano al verle.

—Has estado muchos días fuera —le reprochó.

—Trabajo, nena —sonrió él—. Quiero que me digas si conoces a un tal Smith.

—Es un apellido muy poco común en Inglaterra —dijo.

—Tiene unos cuarenta y ocho o cincuenta años, es alto, distinguido, con las sienes plateadas y, seguramente, un ligerísimo acento extranjero.

Los dedos de Sadie chasquearon en el acto.

—¡John Ulhson! —Exclamó.

Drummond sonrió.

—Es holandés. Allí se llamaba Jan —dijo.

—Un tipo muy elegante, tienes razón, y generoso. Me pedía muchas veces teléfonos de chicas guapas.

—¿Por casualidad, hace algún tiempo, te pidió que recomendases a Pamela o a Martha, si las llamaban dos tipos apellidados Woodley y McPallah?

—Sí, aunque supuse que tenía cierto interés en complacerles…

—Sadie, no vuelvas a tener más relación con Ulhson.

Ella le miró asombrada.

—¿Por qué? —preguntó.

Drummond bajó la voz.

—Es un asesino —contestó.

Sadie contuvo un grito a duras penas, Antes de que pudiera decir nada, Drummond se había puesto en pie y caminaba hacia la salida del local.

* * *

—Su salud no mejora demasiado, señorita Parker.

—Sí, profesor.

—Voy a tener que enviarla a otro sitio. No está muy lejos de

aquí, pero creo que ganará mucho más.
—Lo que usted diga, profesor.
—Por ahora se aloja en la posada, ¿no es así?
—En efecto.
Van Hartzen hizo un gesto de asentimiento.
—Siga en la posada, hasta que le indique el momento de trasladarse —dijo—. Están acondicionando su nuevo alojamiento y yo mismo la llevaré allí. Pero puede estar segura de que acabaré por curarla.
Laura esbozó una sonrisa.
—Gracias, profesor —dijo.
Van Hartzen entregó un frasco a la muchacha.
—Tómese tres cucharadas al día. Sea constante —recomendó.
—Sí, profesor.
Laura se puso en pie y abandonó Rheely Tower. Minutos después, Nichal entraba en el laboratorio.
—Mañana estará lista la casa —dijo.
—Muy bien. Pasado mañana, esa chica habrá muerto. —Van Hartzen soltó una maldición—. Cree que me ha engañado con su falso nombre y su cambio de apariencia…, es decir, creía que iba a engañarme, pero nunca supuso que Ulhson la haría obedecernos ciegamente.
—Ella ha perdido más, por meter las narices donde no debía —contestó Nichal fríamente.
—Ya no podemos matar a otra en Morgarty; la gente recelaría demasiado. Pero en esa granja abandonada… ¿Está en buenas condiciones?
Nichal sonrió siniestramente.
—Para un día o dos de estancia, sobra —contestó.
De pronto. Van Hartzen se pasó una mano por la frente.
—No sé qué diablos me pasa.
—¿Se siente enfermo, profesor? —preguntó Nichal, solícito.
—Sírveme un *whisky* doble, anda.
—Sí, profesor.
Van Hartzen despachó la bebida en un par de tragos, Luego se esforzó por sonreír.
—Demasiado trabajo, demasiada tensión… —se quejó con desaliento.

—Pronto podrá descansar, profesor —aseguró Nichal.

—Sí, eso espero.

—Y creo que nos conviene a todos. Es hora, me parece, de disfrutar de las ganancias. ¿Llamará a Ulhson…?

Van Hartzen meditó unos momentos.

—Sí, sería conveniente —respondió.

Mientras tanto, Laura había llegado a la posada. Tenía el frasco del medicamento en la mano y lo contemplaba con extremada aprensión.

Ni un solo día había tomado la menor dosis de la medicina prescrita. En todo momento, había fingido una cierta torpeza tanto física como mental, que le había dados buenos resultados, pero el instinto le decía que el asunto estaba alcanzando su clímax.

Van Hartzen había hablado de un nuevo alojamiento Ciertamente, ya no podía alquilar la casa de la difunta Edith McLeigh. Cualquier cosa que ocurriese, tendría que suceder fuera de Morgarty.

Tras unos segundos de indecisión, dejó el frasco a un lado y bajó a la sala de la posada. Inmediatamente, dijo a Friars que iba a llamar a Londres.

Momentos más tarde hablaba con Drummond:

—¡Oh, Neil, Neil, ven lo antes que puedas! —llamó con acento angustiado.

CAPÍTULO XI

El coche se detuvo ante la posada cuando todavía no había asomado el menor resplandor en el horizonte. Drummond saltó al suelo y llamó a la puerta.

Para no armar un escándalo, tuvo que golpear con relativa suavidad. Por dicha razón, Friars tardó algunos minutos en acudir.

—¡Señor Drummond! —exclamó el posadero, enorme mente asombrado—. ¿Cómo usted a estas horas…?

—¿Está Laura en casa? —preguntó él.

—Sí, arriba, en su habitación.

Drummond miró a derecha e izquierda. La calle principal, por donde pasaba la carretera, estaba desierta.

—Voy a llevar el coche al patio trasero —dijo—. No cierre, por favor.

Cuando regresaba a la puerta principal, Drummond oyó el rugido de un coche que llegaba, procedente del Sur. El instinto le hizo saltar a un lado para evitar ser visto. Un segundo después, captó el relámpago de los faros del coche. En su interior entrevió la silueta de un hombre, con las manos, crispadas sobre el volante.

El automóvil se alejó a toda velocidad. Drummond entró en la posada. Friars le miró inquisitivamente.

—¿Puede preparar té? —Solicitó—. O mejor café… Suba una buena jarra a la habitación de la señorita Laura.

—Sí, señor, al momento. Es la número dos…

Drummond se disponía ya a acometer la escalera, cuando, de pronto, recordó algo.

—¿Cómo sabe que es ella? ¿No se inscribió con el nombre de Jenny Parker?

—La señorita Laura tuvo la bondad de advertírmelo —contestó —. Confiaba en mi discreción y no le he dado motivos para

arrepentirse. Pero, de otro modo, no la hubiera reconocido, créame.

Drummond sonrió también.

—Gracias, Jeremy —dijo.

Momentos después, abría una puerta. Laura se sentó de golpe en el lecho.

—¡Eh…! ¿Quién…?

—No te asustes, preciosa, soy yo.

Drummond buscó el interruptor de la luz. Laura encendió la de la cabecera de la cama.

—Estás muy cambiada —sonrió él, desde la puerta.

Laura sostenía con una mano el embozo de las sábanas. Su pelo tenía ahora un color oscuro y era absolutamente liso.

—No estoy segura de que Van Hartzen se lo haya creído —dijo.

—¿Para eso me llamaste?

—Hay algo más. Hoy me trasladará a un sitio donde, dice, terminaré de curarme.

—¿Qué sitio es ése?

—No lo sé. Supongo que me llevará personalmente…, pero, lo siento, Neil, de repente me entró un miedo espantoso y tuve que llamarte. No lo pude remediar, créeme.

Drummond se acercó a la cama y se sentó en el borde. Tomó las manos de la muchacha y sonrió.

—No me gustas así nada —dijo—. En cuanto puedas, volverás a teñirte el pelo, para que recobre su color habitual. Pero, dime, ¿qué otro cambio has adoptado para que Van Hartzen no te reconozca?

—Bueno, he hecho un peco de dieta… Con esto y algo de maquillaje, me he puesto muy pálida. Vestidos holgados, que no revelen las curvas, zapatos planos…

—Puede que Van Hartzen haya picado y puede que no. De todos modos, hemos averiguado algo de enorme interés.

—¿Sí? ¿Qué es, Neil?

—Primeramente, Van Hartzen murió hace siete años, pero su sepultura apareció vacía. Segundo, el enterrador, en aquella época era Ulhson.

—¡El doctor Ulhson!

—Sí, suponiendo que lo sea.

—Tiene que serlo o no le habrían permitido ejercer la medicina, Neil.

—Querida, un diploma se falsifica fácilmente.

—Sí, es verdad.

De pronto, llamaron a la puerta. Drummond se levantó para abrir. Era el posadero, con una bandeja en las manos.

—Gracias, Jeremy —sonrió.

—No hay de qué, señor Drummond —contestó Friars.

Los dos jóvenes quedaron solos de nuevo. Laura agradeció el café, que volvió momentáneamente los colores a su rostro.

—No debería tomarlo, pero sé que lo necesito —dijo.

—¿Has tomado alguna de las medicinas prescritas por Van Hartzen?

—No, Dios me libre. Pero ahí, en esa consola, tienes el último frasco.

Drummond se acercó a la consola, cogió el frasco y lo contempló al trasluz durante unos momentos. Luego se volvió hacía la joven.

—Pediré un frasquito al posadero y verteremos en él la dosis correspondiente que debería faltar, si tú hubieses seguido las indicaciones de Van Hartzen. Es de suponer que debas llevarlo contigo cuando te trasladen a ese nuevo alojamiento.

—Sí, claro.

—Ve tranquila, yo te seguiré. Lo único que debes hacer es no beber siquiera un vaso de agua clara ni tomar ninguna pastilla, ¿entendido?

—Así lo haré, Neil. Pero ¿qué es lo que pretenden esos asesinos?

—Es bien sencillo, nena. Primero, morirás. Luego resucitarás e irás a Londres. Allí te encontrarás con Sadie y le darás tu teléfono. Luego, alguien te llamará un día, acudirás a tomar con él una botella de champaña y le robarás algunos documentos interesantes. Después, se los entregarás al doctor Ulhson y, finalmente, regresarás a tu tumba.

—¡No, Neil! —gritó ella, espeluznada—. Yo no quiero hacer eso…

Drummond se echó a reír.

—Te explicaba, sencillamente, lo que pasó con Pamela y con Martha —dijo.

Laura dejó escapar un profundo suspiro.

—Ah, creí que… ¿Está Sadie complicada con ellos? —preguntó.

El joven hizo un gesto negativo.

—No —respondió—. Confieso que, en un principio, llegué a creerlo así, pero hablé a fondo con Sadie y me contó cosas que incluso a mí me había ocultado. Desde luego, conoce a Ulhson, pero nunca ha entrado en el fondo de sus asuntos, Lo único que hacía era atender ciertas recomendaciones de Ulhson. Éste le preguntaba si conocía a una tal Pamela Rittle, por ejemplo. Sadie, naturalmente, contestaba afirmativamente. Entonces, Ulhson le decía que un tal Woodley llamaría pidiendo compañía femenina y que ella debía recomendar a Pamela, O a Martha… o a ti, si hubiera llegado el caso, ¿comprendes? Sadie ganaba algunas libras extra y accedía, porque no le costaba ningún trabajo.

—Pero supondría que había algo turbio…

—Querida, cuando se ejerce un oficio como el de Sadie, se aprende a ser discreta. Hay mucha inmoralidad y mucha corrupción en el mundo de las altas finanzas y, por supuesto, ella no podía saber que se trataba de asesinatos, en cuyo caso, habría hecho intervenir a la policía inmediatamente, para evitar el naufragio de su «agencia», ¿entiendes? Lo que sí sucede es que Ulhson estaba magníficamente informado, probablemente, por haber solicitado los «servicios» de Sadie y la eligió a ella como cómplice involuntario de su plan.

—Que consistía…

—En el robo de documentos industriales y comerciales de altísimo valor, eso es todo.

—¿Era necesario que esos robos fuesen ejecutados por chicas como Pamela y Martha?

—Sí, porque, ¿quién iba a sospechar de unas chicas que estaban muertas? Todo ello, suponiendo que los robados informasen a la policía, que no lo hacían por propia conveniencia.

—¿Ni siquiera Sangster?

—Tampoco. Algunos consideran que los asuntos industriales son muchísimo más secretos que los asuntos de Estado. Puede que tengan razón, desde su particular punto de vista. Pero, al menos, en el caso de Sangster, abrigo la razonable esperanza de recobrar los documentos que le robó Martha Cranley.

Laura inspiró con fuerza.

—Ahora me siento un poco mejor —dijo.

—Lo celebro —sonrió Drummond—. ¿A qué hora debes volver a

Rheely Tower?

—Por la tarde, hacia las cuatro.

—En tal caso, no te preocupes. Yo estaré cerca de ti en todo momento, puedo asegurártelo.

—Es una noticia consoladora, Neil.

—Gracias. Ah, y hablando de noticias. Voy a darte otra, muy interesante. Tengo la impresión de que el doctor Ulhson está ya en Rheely Tower.

—¿Seguro, Neil?

—Creo que sí. He visto que llegaba un coche a toda velocidad y me pareció reconocer a su conductor, aunque procuré que él no me viera a mí.

—En tal caso ¿a qué habrá venido Ulhson a Rheely Tower? —dijo Laura, profundamente intrigada.

—Puede ser que por dos motivos: uno, te han reconocido. Otro… quizá piense que es la hora del reparto del botín.

Drummond recogió la bandeja y se encaminó hacia la puerta.

—Anda, procura dormir un rato —aconsejó.

—Ya no podré —se lamentó ella.

—Yo, sí. He estado viajando toda la noche y tengo necesidad de unas cuantas horas de sueño.

—Advierte a Jeremy que no divulgue tu presencia en la posada —recomendó Laura.

—Pensaba hacerlo —contestó Drummond.

* * *

Drummond se levantó cerca de mediodía y, tras un rápido baño, se vistió y bajó al comedor a tomar algún alimento. Laura estaba ya en una mesa, con el aspecto de Jenny Parker, por lo que se abstuvo de hablar con ella, a fin de evitar posibles complicaciones.

Más tarde, guiñó un ojo a Laura y abandonó la posada. Fue con el coche hasta las inmediaciones de Rheely Tower y, tras dejarlo al otro lado de un espeso matorral, inició la marcha a pie, con unos prismáticos en la mano.

Una de las primeras cosas que vio fue un coche parado ante la entrada principal de la casa. Ya conocía la matrícula del automóvil de Ulhson; era uno de los datos que se había preocupado de tomar apenas le dio Sadie su descripción física, que coincidía plenamente

con la de Sangster. Por tanto, Ulhson estaba allí, en Rheely Tower.

El laboratorio de Van Hartzen estaba en la planta baja. Drummond procuró situarse en un lugar que le permitiera observar las ventanas, que, en aquellas horas no estaban protegidas por cortinas. Una vez vio a Van Hartzen acercarse a una de las ventanas y beber unos sorbos de un líquido contenido en algo que no parecía precisamente un vaso. Los prismáticos le aproximaron enormemente la imagen de un rostro casi amarillento y de facciones terriblemente demacradas.

Estaba enfermo, dedujo. ¿Cuál era su enfermedad?

Más tarde, vio a Ulhson. El ex enterrador conversó largo rato con Van Hartzen. En alguna ocasión, Drummond pudo advertir que la conversación tenía todo menos de amistosa.

«Los compinches se pelean por el botín», pensó.

Hacia las cuatro de la tarde, vio llegar a Laura en su cochecito. La joven se apeó y llamó a la puerta.

Nichal abrió y se inclinó para que Laura pudiera pasar al interior. Cuando la puerta se hubo cerrado, Drummond guardó los prismáticos en la bolsa y se aproximó cautelosamente al edificio.

Examinó el coche de Ulhson. Las llaves de contacto estaban puestas. A prevención, las quitó y se las guardó. Laura había guardado las suyas, pero arrancó de un tirón los cables de contacto. Si alguien pretendía escapar en un coche, tendría dificultades, pensó.

Luego empezó a estudiar la mejor forma de intervenir, ya que en modo alguno pensaba permitir que se llevasen a Laura lejos de Rheely Tower.

CAPÍTULO XII

Nichal hizo pasar a Laura a la sala en que solía ser recibida por Van Hartzen.

—El profesor vendrá en seguida —anunció.

—Gracias. Nichal.

Laura se quedó sola. Notóse muy alterada y procuró componer el gesto. Sabía que Drummond debía estar en las inmediaciones del caserón, pero, pese a todo, no se sentía muy tranquila.

Pasados algunos minutos, se abrió la puerta y entró Van Hartzen. Laura se quedó terriblemente atónita al ver el cambio que se había operado en el profesor desde la tarde precedente.

—¿Está usted enfermo? —preguntó, sin poder contenerse.

Van Hartzen sonrió con alguna dificultad.

—No es nada de particular… Un simple catarro sin importancia. ¿Cómo se siente usted?

—Muchísimo mejor —contestó Laura impulsivamente—. Estoy por decir que me encuentro curada del todo.

—Oh, vamos, vamos, eso es sólo apariencia… En realidad, no está usted nada bien.

—¿Cómo? ¿Le molesta mi mejoría?

Van Hartzen pareció sentirse desconcertado.

—¿Cómo puede decir una cosa semejante, señorita? —preguntó.

—Bueno, yo me siento estupendamente… —Laura decidió ganar tiempo por todos los medios—. Incluso creo que no será necesario que cambie de alojamiento, profesor.

—Si confía en mí, deberá ir a la casa que ya está preparada, señorita.

—Yo me encuentro muy bien en la posada —insistió ella.

—Bueno, bueno, ya discutiremos eso luego. Ahora iré a prepararle una dosis de la medicina…

—¿Más pócimas?

—Quiero curarla, señorita. Además, debe saber que el doctor Ulhson está aquí y tiene un especial interés en seguir el proceso de su curación. Espere unos minutos, por favor.

Van Hartzen salió con paso no demasiado seguro. Laura oyó el ruido de la llave en la cerradura. Ello la hizo sentirse vivamente alarmada.

Miró hacia la ventana; estaba protegida por una fuerte reja. ¿Por qué la encerraban con llave?

De repente, sintió un ligero chirrido en la ventana. Volvió la cabeza y vio a Drummond al otro lado. Laura hizo señas de que estaba encerrada y el joven contestó con gestos tranquilizadores. Ella respiró aliviada; la presencia de Neil la había infundido unos ánimos que estaba a punto de perder.

* * *

—Esa chica tiene que desaparecer —decretó Ulhson—. Estoy de acuerdo con usted, pero ¿qué haremos nosotros después? ¿Adónde iremos?

Ulhson se encogió de hombros.

—Usted haga lo que quiera, profesor —respondió—. Yo ya he tomado mí decisión.

—Y la mayor parte del dinero, claro.

—¿De quién fue la idea?

—No será la idea científica, por supuesto.

—Es más de lo que se merece, profesor. ¿O prefiere que en Veere se enteren de que el asesino de Marijke Leyden está aún con vida?

—Jan, no me haga perder la paciencia…

—Profesor, las discusiones, para luego. Ahora, lo mejor que podemos hacer es acabar con esa entrometida. ¿Ha preparado la medicina?

Van Hartzen asintió.

—Sí —contestó cansadamente.

Ulhson le miró con interés.

—¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien? —preguntó.

—Hace algunos días que me siento flojo… Pero no se preocupe; pronto me repondré.

Hartzen se acercó a una de las mesas de laboratorio y bebió un largo trago de un líquido contenido en una probeta. Luego se pasó una mano por los labios.

Jadeaba perceptiblemente. Ulhson se dio cuenta de que Van Hartzen estaba muy demacrado. Su rostro aparecía lívido y los ojos se veían hundidos en las cuencas orbitales.

Al cabo de unos momentos, pareció recobrar las fuerzas.

—¿Estaba bueno ese *whisky*? —sonrió Ulhson.

—Estupendo. ¿Quiere un trago, Jan?

—Venga ahora mismo.

Ulhson puso un vaso limpio bajo la botella que le tendía el profesor. Luego despachó el contenido de un par de tragos rápidos.

—Muy bien, estupendo —dijo, sin reparar en la perversa sonrisa que aparecía en los amoratados labios de Van Hartzen—. Vamos allá, Lud.

Van Hartzen tenía ya un vaso en la mano. Los dos hombres salieron del laboratorio, cruzaron el zaguán y entraron en la sala donde se encontraba la muchacha.

Laura se puso en pie al verles.

—Doctor Ulhson —saludó.

—Mi querida señorita Parker —sonrió el aludido.

—Aquí tiene su medicina —dijo Van Hartzen.

Ella retrocedió un paso.

—No quiero ese brebaje —exclamó.

Ulhson frunció el ceño.

—Lo hacemos por su bien —dijo.

—Me encuentro perfectamente —aseguró ella.

—Señorita… —La voz de Van Hartzen sonó repentinamente distorsionada—. Nosotros le aseguramos que…

—He dicho que no tomaré la medicina y nada me hará cambiar de opinión —contestó ella.

Ulhson apretó los labios.

—Nos disgustaría tener que apelar a procedimientos… poco acordes con la cortesía que todo caballero debe a una dama —dijo.

Laura sonrió despectivamente.

—¿Qué piensa hacer, ponerme una pistola en el pecho, para obligarme a tragar esa pócima? —preguntó.

—Pues, bien mirado, no sería mala idea —sonrió Ulhson, a la

vez que metía la mano en el bolsillo. Un segundo después, la pistola profetizada por Laura se hacía algo real y tangible—. Lud, dele el vaso a la señorita —ordenó.

Van Hartzen dio un paso adelante. De repente, Ulhson sintió un terrible golpe en la mano derecha. El arma saltó por los aires.

Ulhson gritó y se revolvió, furioso. Un puño de tremenda dureza le golpeó en el estómago, dejándole sin respiración en el acto.

Tranquilamente, Drummond se inclinó y recogió la pistola caída en el suelo.

—Ella no beberá —dijo.

—¡Uf, qué oportuno! —resopló Laura.

—Lo justo, nena —sonrió él.

—Neil, te has olvidado de Nichal.

—Está a buen recaudo, no te preocupes.

—Es una buena noticia —sonrió ella—. ¿Qué hacemos ahora?

Drummond contempló a los dos hombres.

—Quizá el profesor nos explique por qué escapó de su tumba, después de haber cometido un asesinato en la persona de su ayudante de laboratorio, Marijke Leyden —dijo—. Era una muchacha bastante guapa y, por lo visto, se negó a las pretensiones del profesor. Un día apareció muerta. El profesor se dio cuenta de que las sospechas recaían sobre él y se «suicidó». ¿Me equivoco, Ludovicus?

Van Hartzen asintió pesadamente.

—Sí —dijo con torpe acento.

—Incluso añadiría que el sepulturero Jan Ulhson, conocedor del plan, le ayudó a salir de la tumba, cuando recobró el conocimiento, después del estado de supercatalepsia que usted mismo había creado con la droga elaborada en su laboratorio. Ulhson cobró su buen dinero por ayudarle a salir de la tumba, pero luego tuvo que abandonar el empleo más que aprisa, cuando se descubrió que vendía cadáveres a las Facultades de Medicina, para estudios anatómicos. Y después, se reunieron en Londres, pasados algunos años, y acordaron el plan para ganar mucho dinero.

»Era un plan muy sencillo: robar documentos de valor a personalidades de las finanzas o de la industria. Naturalmente, no es cosa que se hizo en un día; era preciso un detenido estudio de las posibles víctimas y de sus costumbres y debilidades. Pero, cuando se

lanzaron, lo hicieron con notable rapidez.

—Ayudados por unas pobres chicas… —añadió Laura.

—Pamela y Martha recibieron ese tratamiento, que las hizo morir, en un principio, sólo aparentemente. La droga, además, era hipnotizadora, lo que les permitía impartirles determinadas órdenes: buscar a Sadie, facilitar el domicilio y el teléfono, acudir a determinada llamada, robar los documentos…, llevarlos después a casa…, porque la droga hacía efectos definitivos a las tres semanas.

Ulhson se puso torpemente en pie.

—¿Podrán demostrarlo? —preguntó, desafiante.

—La policía registrará su casa. Encontrarán, al menos, los documentos sustraídos a Sangster y que no ha tenido tiempo de «colocar» en el mercado. Se demostrará su relación con Van Hartzen, se examinarán los cadáveres de Pamela y de Martha… ¿Le parece poco, Ulhson?

De repente, Ulhson se puso la mano sobre la cintura.

—Me arde el estómago —se quejó.

—Sí —dijo Van Hartzen.

Ulhson le miró largamente.

—Me…, me has envenenado…

—Algo más… algo más, querido colega…

Había algo en la voz de Van Hartzen que hizo sentir escalofríos a Laura. Instintivamente, se apartó a un lado, alejándose de los dos hombres.

—Tú ya tienes tu casa, Jan —dijo Van Hartzen—. ¿No te imaginas dónde está esa casa?

Ulhson lanzó un terrible aullido. Dio un paso hacia adelante, pero, de repente, cayó al suelo.

—¡Le ha envenenado! —exclamó Drummond.

Van Hartzen asintió.

—Él se está muriendo…, y yo también… —declaró trabajosamente—. Cometí un crimen hace años… y quise olvidarlo…, pero Ulhson actuó sobre mí como una especie de ángel malo…

De repente, Laura notó cierto olor en la estancia y arrugó la nariz. Espantada, se acercó a la puerta.

—La tumba… es… nuestra… casa… —jadeó Van Hartzen—. Aquella droga que tomé para simular mi muerte… ha estado

actuando durante años en mi organismo… Cada vez necesitaba dosis más fuertes de antídotos…, pero ya no hacen efecto en mí…

Drummond contemplaba fascinado al profesor. El olor que se desprendía del ya inmóvil cuerpo de Ulhson era cada vez más penetrante…, más desagradable…

—Le he dado una dosis muy concentrada de la droga… —dijo Van Hartzen. Y, de repente, se sentó en una silla—. Es… mejor acabar así… volver a casa… a la tumba…

Estuvo callado unos instantes. Luego, bruscamente, se ladeó y cayó al suelo.

Laura lanzó un chillido de horror. El cadáver de Ulhson se descomponía con espantosa rapidez, a la vez que despedía un hedor insufrible.

En pocos minutos, se transformó en una horripilante masa sin forma humana, envuelta parcialmente en unos ropajes ya fláccidos. Los huesos blanquearon siniestramente a través de aquella pútrida cubierta de carne corrupta.

Drummond agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella. Antes de salir, lanzó una mirada al interior de la sala.

En el caso de Van Hartzen, el proceso de putrefacción era aún más rápido. Largos chorros de una sustancia semilíquida, de horrible color, gris, corrían por su calavera, esparciéndose por el suelo lentamente, a la vez que despedían un horrible olor. Los dientes asomaron bruscamente en aquella calavera y parecieron emitir una macabra carcajada de ultratumba.

Laura se sintió incapaz de resistir aquel horripilante espectáculo y perdió el sentido.

Afortunadamente, los brazos de Drummond eran fuertes y estaban lo suficientemente cerca para evitar el choque contra el suelo.

* * *

Laura se cruzó en la puerta con Frank Sangster, pero no prestó mucha atención al detalle. Llegó al despacho de Drummond y se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa.

—Tengo noticias para ti —dijo.

—Habla —sonrió él.

—Primera: me han hecho una buena oferta por Rheely Tower.

Bentham me aconseja que venda.

—Vende, guapa. ¿Qué más?

—Se me ha presentado un asunto importante, pero he dicho que tienes que colaborar conmigo o que no aceptaré…

—No colaboraré ni tú aceptarás —dijo Drummond—. Nos vamos de vacaciones, preciosa.

—Eh, tenemos que ganar dinero —protestó ella.

Drummond sonrió, a la vez que le ponía un cheque delante de los ojos.

—La gratitud de Sangster, por recobrarle los documentos —dijo.

Laura silbó.

—Habrá vacaciones —convino.

—Como marido y mujer.

—No podría ser menos, claro —rió ella. De pronto, se puso seria —. Neil, ¿fue Nichal quien mató a la señora McLeigh?

Drummond meneó la cabeza.

—Tal vez, pero ¿cómo demostrarlo? Nichal ha culpado al profesor y no se puede probar lo contrario.

Quizá diga la verdad, después de todo. Pero lo cierto es que Van Hartzen se dio cuenta de la imprudencia de Edith al tomar el supuesto reconstituyente. Moriría definitivamente a las tres semanas y podrían relacionarlo con él, ¿comprendes?

—Por tanto, lo mejor era anticipar la muerte definitiva con un puñal.

—Exactamente.

Laura meneó la cabeza.

—Es decir, estaban muertas desde el momento en que tomaron la primera dosis de la droga.

—En efecto, así era.

—Pero ¿qué experimentos hacía Van Hartzen antes de matar a su ayudante de laboratorio?

—Entre otras cosas, se dedicaba a embalsamador.

Laura hizo un gesto de asco.

—En el caso de Martha no parece haber tenido éxito —dijo.

—Vimos el cadáver corrupto de esa pobre chica. McHutts vio a Pamela morir ante sus ojos. Pero ¿la vio alguien a los tres días de ser enterrada por segunda vez?

Ella meneó la cabeza.

—Evidentemente, no —contestó—. Neil, querido, ¿por qué no hablamos de cosas más agradables?

—¿De nuestras vacaciones?

—Sí, es un tema muy atractivo, ¿no te parece? Drummond hizo un gesto con la mano.

—Ven, acércate y te daré mi respuesta —dijo.

Laura cambió el asiento que era la esquina de la mesa por las rodillas de su futuro esposo.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.